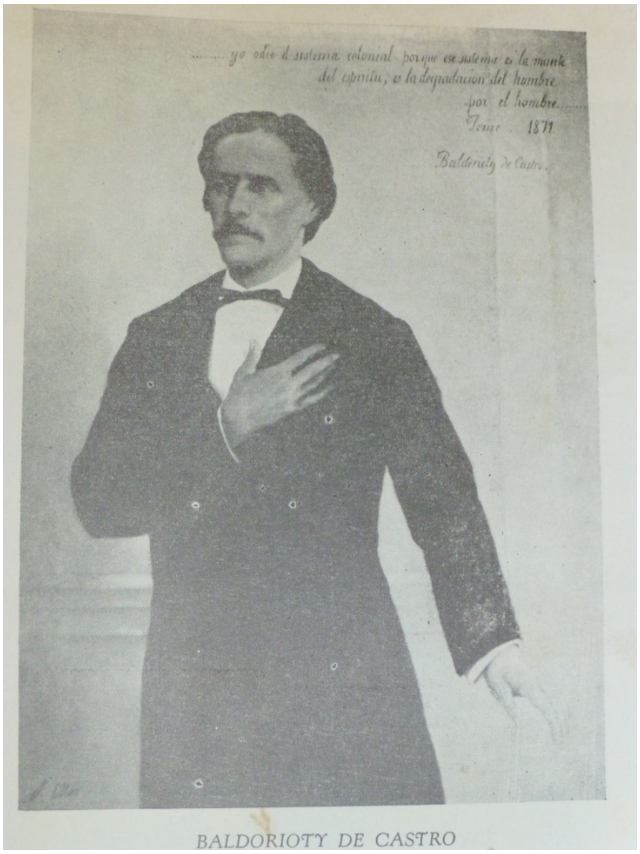
Juan Antonio Corretjer

en el

Puerto Rico Ilustrado



….yo odio el sistema colonial porque ese sistema es la muerte del espíritu, es la degradación del hombre por el hombre……

Ponce…. 1871

Preparado por Rafael Calderín
Agosto 2015

Introducción:

Juan ANTONIO CORRETJER, como él acostumbraba firmar sus artículos publicados para la revista Puerto Rico Ilustrado; escribió varios artículos comenzando en el mes de diciembre de 1936 y continuando hasta el mes de julio de 1937. Publicó en total trece artículos en esta revista durante ese periodo. No sabemos si estos fueron los únicos publicados, o si hubo otros artículos anteriores o posteriores.

El autor clasificó estos artículos en; "Notas políticas" y en "Narraciones Arbitrarias"; aunque notamos que algunos artículos no fueron específicamente clasificados por el autor, estos cubren principalmente temas políticos. Esta colección incluye tres cuentos cortos, "El Cumplido", "El Fin de Lucero" y "La Aldea"; las otras nueve publicaciones pueden ser clasificadas como "Notas Políticas", aunque la última, "Farsa y Milagro del Verbo" es más bien un ensayo sobre la *Palabra* en la literatura. Decidimos presentarlos en orden cronológica según fueron publicados.

Notamos que al principio de esta serie de artículos, el autor publicaba los mismos todas las semanas, posteriormente estas publicaciones se redujeron en frecuencia hasta que finalmente desaparecen en julio de 1937. Sabemos que el autor fue encarcelado en ese año y pensamos que esta es la razón de que no continuó sus publicaciones.

A sugerencia de un buen amigo, decidimos llamar esta colección de artículos **como "Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado"**. Nuestros objetivos son; primeramente el que no se pierdan en una Biblioteca y que sean preservados. Segundamente el hacerlos disponibles a las personas que puedan estar interesadas en conocer sobre el pensamiento de este líder del Partido Nacionalista y de un momento en nuestra historia, donde se comenzó la opresión del nacionalismo y todos los movimientos separatistas de Puerto Rico.

Espero puedan disfrutarlos….

Índice:

1. PUERTO RICO EN LAS ACTAS DE CUBA LIBRE 4
2. NUEVA DE DON ROMÁN 19
3. EL CUMPLIDO 25
4. CONSECUENCIAS DE LA INSURRECCIÓN LIBERTADORA DE LARES 39
5. EL SIGLO XX CONTEMPLA UN GRAN ACTO DE REDENCIÓN HUMANA 46
6. MARTÍ NO DEBIÓ MORIR 52
7. EL PENSAMIENTO REVOLUCIONARIO DE MÁXIMO GÓMEZ 57
8. BONAPARTE SUEÑO Y FRACASO 63
9. CONGRESO DE L.E.A.R. 68
10. EL FIN DE LUCERO 73
11. TORRIENTE 79
12. LA ALDEA 84
13. FARSA Y MILAGRO DEL VERBO 88

Datos Biográficos sobre el Autor:

Juan Antonio Corretjer

Nació en Ciales en 1908 y falleció en 1985. Desde su juventud se dedicó por entero a la poesía y la política. Cursó los estudios primarios y secundarios en su pueblo natal, en donde fundó una agrupación independentista llamada "Sociedad José Gautier Benítez". A los diecisiete años, hacia el 1925, comenzó a escribir poesía, que publicaba en Puerto Rico Ilustrado, de San Juan, Puerto Rico. Luego se une al movimiento "noista", movimiento poético de orientación vanguardista. Se inicia profesionalmente en el periodismo en *La Democracia* (1927).

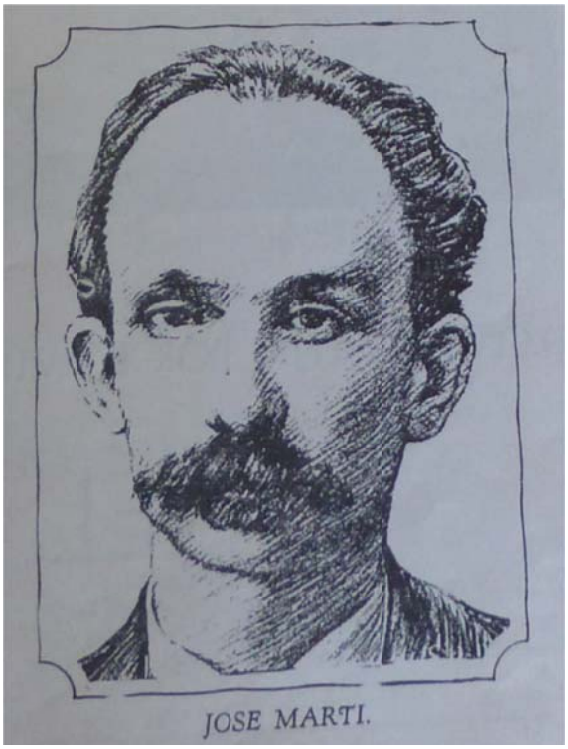
Al iniciarse la década de los treinta residió en Ponce, en donde publica sus dos primeros poemarios: *Agueybaná* (1932) y *Ulises* (1933). Ingresa en el Partido Nacionalista y llega a ser delegado de dicho partido en el extranjero. Complicado en el brote revolucionario nacionalista, a mediados de la década de los treinta, sufre encarcelamiento en San Juan y luego en la penitenciaría federal de Atlanta (Georgia).Durante su reclusión prosigue el cultivo del verso y publica en San Juan dos nuevos libros de versos: *Amor de Puerto Rico y Canto de guerra* (ambos de 1937). Al quedar en libertad, residió en Nueva York en donde fundó el periódico *Pueblos Hispanos*.

Luego de su regreso a Puerto Rico fue miembro del Movimiento Pro independencia, y de la Acción Patriótica Unitaria. Luego fundó la Liga Socialista y la presidió hasta su muerte. Dio a la luz algunos libros y folletos, muchos de ellos dedicados a la divulgación de sus ideales políticos. Llegó a publicar un total de 22 poemarios, entre ellos, además de los mencionados, sobresalen: *Los primeros años* (1950), *Tierra nativa* (1951), *Alabanza en la torre de Ciales* (1953), *Yerba bruja* (1957), premiado por el Círculo Cultural Yaucano, *Genio y figura* (1961) y *Pausa para el amor* (1967).

En 1978, el Instituto de Cultura publicó sus *Obras completas*.

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado

(Parte I)



<u>1er artículo</u> - publicado en dos partes, Parte I en Puerto Rico Ilustrado del 12 de diciembre de 1936 y la Parte II en Puerto Rico Ilustrado del 19 de diciembre de 1936

<u>Tema</u>: El autor investiga los seis son los volúmenes de actas de Asambleas de representantes y del Consejo de Gobierno Cubano durante la Guerra de la Independencia de Cuba, buscando las menciones de Puerto Rico en dichas actas.

Uno es el destino de Cuba y Puerto Rico; uno el destino de Puerto Rico y Cuba con el de Santo Domingo y Haití. Los octosílabos famosos de Doña Lola –*Cuba y Puerto Rico son, de un pájaro las dos alas*– no nacieron de un capricho de mujer, sino fueron –y son– la consecuencia lógica, fatalmente históricas, de la unidad de sufrimientos morales y físicos de las dos islas antillanas todavía unidas bajo un mismo despotismo, y de la unión hacia el porvenir único de las Grandes Antillas. Fue hablando de un puertorriqueño ilustre, Baldorioty de Castro, –en una prosa sólo superada por Martí en el elogio de Cecilio Acosta–, que Martí escribió su célebre sentencia antillanista: *las tres islas que juntas se han de salvar o juntas habrán de perecer*. Y fue el hermano de Martí, el dominicano sin tacha, actual decano diplomático del Nacionalismo Puertorriqueño, Don Federico Henríquez y Carvajal, el hombre quien el apóstol, héroe y mártir de la independencia de Cuba de dedicó la carta que se ha juzgado históricamente como el testamento político del Fundador del Partido Revolucionario Cubano, quien añadió, trocándola en una afirmación rotunda, que son ellas las tres islas "*que juntas se salvarán*".

Grande fue la preocupación martiana sobre Puerto Rico, y contagiados de esa preocupación quedaron las mejores figuras de la revolución. Pero los buenos mueren poniendo fe en lo que piensan, y a la hora del triunfo los líderes son ya sólo la escoria de la cobardía y del egoísmo, bien resguardados de los sinsabores del presidio y de los peligros de la metralla.

Justo es mi eminente amigo Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, cuando en vibrante artículo en edición reciente de "Carteles", de la Habana, escribe estos párrafos como fuego:

"Tratemos de demostrar ahora, según ofrecimos, que los errores, tropiezos y caídas de Estrada Palma en la Delegación y en la Presidencia, son resultado fatal de dotes de gobernante y estadista, porque en el hombre y de escuela que era él, jamás pudieron injertar las posiciones políticas que ocupó, al político y al estadista.

"Estrada Palma, con una visión inmediata y pequeña de los problemas cubanos, no supo empaparse de los ideales martianos e identificarse con ellos, recogiendo las doctrinas y enseñanzas del fundador del Partido Revolucionario Cubano y continuando la línea y la táctica político-

revolucionarias por Martí trazadas en manifiestos, cartas y artículos y mantenidas fielmente durante toda la labor preparatoria y organizadora de nuestra última guerra de independencia.

"En nuestro libro El Internacionalismo anti imperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí, hemos esclarecidos y demostrado que el aspecto más trascendental de toda la obra político-revolucionaria de Martí es el carácter internacionalista que esta obra tiene, empeño singularísimo que transforma a Martí de Libertador de Cuba en libertador de toda la América Hispana, en estadista genial de nuestro continente que se propone, con la emancipación de Cuba y Puerto Rico ---no solo de Cuba—además de arrancar del poderío español esas dos islas, equilibrar con la independencia de ambas el nuevo mundo, constituyendo en el estratégico lugar en que la naturaleza las situó, dos naciones, aunque pequeñas territorialmente consideradas, fuertes por su grado de cultura y civilización, respetadas de las demás por saberse respetarse a sí mismas, campos de verdadera democracia, gobernadas celosamente por hombres austeros y capaces, elegidos sin artimañas ni imposiciones por la mayoría de los electores, verdaderos y conscientes ciudadanos, con el propósito de asegurar, *la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos en América*. Este altísimo ideal martiano se encuentra reiterada y claramente expresado en numerosos trabajos de Martí, mucho de los cuales hemos reproducido en el *Cuaderno de Historia Habanera* por nosotros recientemente publicados bajo los auspicios de la Administración Municipal con el título de *Ideario Cubano: José Martí*. Martí muere con altísimos ideales en el pensamiento y en el corazón. A ellos abrazados va a la muerte. El 18 de mayo de 1895, víspera de la tragedia de Dos Ríos, le escribe a Manuel Mercado una carta que, con la dirigida a Federico Henríquez y Carvajal, en 25 de marzo, constituye su testamento político; carta la primera en la que, presagiando su inmediato fin, dice: Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo el ánimo para realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Y confesándose al amigo querido y lejano, le declara: *Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso. En silencio he tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para*

lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ella el fin."

"Desaparecido Martí, y ocupado su puesto por Estrada Palma, éste, que debía ser el orientador de la política internacional y principalmente interamericana, de la revolución, echó a un lado por completo estos ideales, doctrinas y orientaciones de Martí, como también los olvidaron los hombres civiles dirigentes de la revolución. Justo es consignas que los dos altos Jefes militares de la misma –Gómez y Maceo– profesaban esa ideología martiana, pero entregados de lleno a los absorbentes empeños bélicos confiaron aquella labor al delegado, aunque no es raro encontrar en las cartas por uno y otro dirigidas a Estrada Palma, firmes declaraciones reveladoras de su convencimiento de que la independencia de Cuba debía lograrse por su propio esfuerzo cubano sin comprometedoras y peligrosa injerencias extrañas."

"Estrada Palma, como delegado, olvidó totalmente a Puerto Rico. Y la guerra continuó sin que –salvo tentativas individuales– se realizara esfuerzo o labor alguna en pro de la independencia –que Martí consideró indispensable– de la isla hermana; tanto que, lejos de haber corrido la misma suerte que Cuba, al intervenir los Estados Unidos en la contienda hispanocubana, no se consigna en la Joint Resolution, de 20 de abril de 1898, que los pueblos de Cuba y Puerto Rico son y de derecho deben ser libres e independientes, porque no era posible que ello se declarase, por haber seguido los cubanos egoístamente solos la revolución , dejando abandonados a los puertorriqueños en el propósito, que Martí quiso fuera común, de independizar a Cuba y Puerto Rico. Y a la hora en que el poder de España termina en este continente, como consecuencia de la guerra con los Estados Unidos, Puerto Rico pasara a ser colonia norteamericana; todo lo contrario de lo que Martí pensó y por lo que murió."

No me he podido substraer a copiar estos párrafos de agria justicia cubana. Y no me he substraído a ello sólo porque es de trascendental importancia que se instruya a nuestro pueblo en esos análisis fríos de nuestra propia historia, sino también porque estos datos dan la idea de la grandeza heroica y desinteresadamente económica que la colaboración puertorriqueña a la revolución cubana tuvo, cuando nos detenemos a pensar que por encima de todo ese egoísmo todavía ere

indispensable mantener a nuestro Betances como Delegado del Partido Revolucionario Cubano en Europa; que fuera el mayagüezano General Juan Rius Rivera el único blanco de pura sangre que comandara jamás el Ejército Libertador de Cuba, y que un veterano de la Guerra de la Independencia, un soldado desconocido de la contienda emancipadora, me dijera a mí, en persona, presos ambos en el Castillo del Príncipe, en la Habana, que más habíamos hecho los puertorriqueños por la independencia de Cuba que los mismos cubanos de la raza blanca.

Entre los esfuerzos individuales –retoños del pensamiento y el sentimiento puertorriqueñistas del Apóstol de Dos Ríos– recojo aquí la comprobación histórica de cómo quedó transida siempre, de la preocupación borincana, la ardida manigua cubana, por el esfuerzo, el valor, y la hidalguía del Ejercito Libertador de Puerto Rico en Cuba, glorioso ejército que dejó, bajo las palmeras inolvidables de Cuba Bella, desde Oriente a Pinar del Río, más de tres mil cadáveres para abono eterno del árbol de la libertada en el nuevo mundo.

El laborioso y especialista trabajo de recolección y ordenación de mi docto y noble amigo el doctor Emeterio S. Santovenia, con la eficaz ayuda de su compañero en la Academia de la Historia de Cuba, Joaquín Llaverías, ha frutecido en la publicación, por la docta casa y mencionada Academia, adscrita a su Colección de Documentos, de seis volúmenes conteniendo las *Actas de la Asambleas de Representantes y del Consejos de Gobierno durante la guerra de la independencia*.

He recorrido esos seis volúmenes con vivo interés y con intensa emoción. Tengo el honor de ser quizá, entre los puertorriqueños que, por ineficacia en el manejo de la tiranía, aún vivimos, aquel que más angustias antillana ha vivido, y que más cerca y dramáticamente ha podido reunir, en su breve existencia, el dolor de Cuba y el horror tremendo de Puerto Rico. Y en esas páginas, que iré glosando aquí, en tránsito sólo detenido en las menciones puertorriqueñas contenidas en actas levantadas en pleno campo de batalla de la libertad, por lo que se ha llamado, los “gobiernos de Cuba Libre”, he respirado la emoción de nuestro común pasado heroico, entreverado desgraciadamente, por las mezquindades de los hombres, pero sublimado, eso sí, hasta lo inmortal eterno, por la gloria inmarcesible de nuestros héroes y de nuestros mártires.

Hoy, que en Cuba y Puerto Rico, recibimos, también flores y balas sobre un mismo corazón; que en Cuba como en Puerto Rico, no se ha depuesto el honor ni se ha renunciado al derecho, uno otra vez en mi prosa los dos nombres queridos de las islas hermanas, “las islas que juntas se salvarán”, según el testimonio personal e ilustre del único superviviente de la matriz generación de 1868.

Juan ANTONIO CORRETJER

(Parte II y ultimo)

Seis son los volúmenes que tengo a la vista, todas de actas de Asambleas de representantes y del Consejo de Gobierno Cubano durante la Guerra de la Independencia. La recopilación, introducción y notas pertenecen a académicos de número de la Academia de la Historia de Cuba, doctores Emeterio S. Santovenia y Joaquín Llaverías. Para los lectores que no conozcan en detalle la historia cubana aclararé que se conoce por el nombre de Guerra de Independencia la última guerra hispanocubana, la animada, preparada y desencadenada contra el imperio español en las Antillas por José Martí: es decir, la guerra iniciada en Baire en 1895, culminada por el reconocimiento de la independencia de Cuba por España, y por la retirada de España de América. Cubren las actas recopiladas en esos seis volúmenes desde el 13 de septiembre de 1895, en que se reúnen en Jimaguayú, en Asamblea Constituyente, y en sesión preparatoria, los “cinco grupos en que está dividido el pueblo revolucionario de Cuba, bajo la Presidencia del Ciudadano Salvador Cisneros Betancourt, y actuando como

secretarios los Ciudadanos José Clemente Vivanco y Orencia Nordase y Bacallao", hasta el 30 de junio de 1899, en que se reúne, en El Cerro, La Habana, la Comisión Ejecutiva de la Asamblea , bajo la Presidencia del General José Lecret Morlot, con la asistencia de los Vocales Sres. Aurelio Hevia y Juan Gualberto Gómez, y del Secretario Sr. José Clemente Vivanco.

Encuentro la primera mención de Puerto Rico en la Introducción del segundo volumen, página X, segundo párrafo. Dicen en el párrafo los recopiladores:

"Fue objeto de un inmediato estudio la exposición presentada al Gobierno por los entonces comandantes Enrique Loinaz del Castillo y Enrique Villuendas a fin de que se les concediese autorización para llevar un contingente expedicionario a la isla de Puerto Rico desde la ciudad de Nueva York, organizando un cuerpo de Ejército Libertador que combatiese a España en la colonia hermana y ayudara a ésta a lograr su independencia. Este laudable proyecto, que había sido concebido por el general Juan Rius Rivera, hijo de aquella tierra, no fue aprobado en definitiva por los arriesgado y trascendental de la empresa".

Es grato consignar en estas páginas que todavía, el hoy General Enrique Loinaz del Castillo perdura en el amor de la independencia de Puerto Rico, habiendo exigido la libertad de la patria de Rius Rivera, hace pocos años, en un discurso, cuando la intervención yanqui en Haití, al presentar sus credenciales en Port Au Prince, como encargado de Negocios de la Legación Cubana en aquella capital. El autor de estas líneas tuvo el placer de leer ese discurso, en el archivo de la Legación, cuando su visita a la bella tierra de Petion.

El mismo proyecto queda confirmado documentalmente en el mismo volumen, página 21, en Acta levantada por el Consejo de Gobierno, presidido por Cisneros Betancourt, en la Yaya, Camagüey, a treinta y uno de agosto de mil ochocientos noventa y seis. A la sesión asisten, además, el Vice-presidente, C. Bartolomé Masó, el Secretario de Estado, Severo Pina; el de Hacienda; el de los Interior Santiago García Cañizares; el de lo Exterior, Rafael M. Portuondo, y del Secretario, José Clemente Vivanco. Dice el Acta:

“Se da lectura a una Exposición firmada por el Teniente Coronel en Comisión, Comandante Enrique Villuendas y de Latorre, adhiriéndose a la primera, en las que solicitan se les conceda autorización para llevar una expedición armada a la isla de Puerto Rico, desde la ciudad de Nueva York, para lo cual pide que por la Delegación en el Exterior se contribuya con la mitad del costo de la expedición, cuyo total hace ascender como a treinta mil pesos, estando a cargo del solicitante Loinaz, reunir el resto: solicita además, por el mismo fin, se le conceda el permiso para reclutar treinta Jefes y Oficiales del Ejército Libertador, de los que ya se le han ofrecido voluntariamente; y por último interesa la credencial para proceder como Jefe Militar en las operaciones y en la organización de aquel Cuerpo de Ejército Libertador; proponiendo de esta manera llevar la revolución a la vecina colonia española. Se acuerda en su vista pase la solicitud expresada a informe del Comandante Secretario del Interior”.

Se insiste sobre ese plan de invasión libertadora en la página cuarenta, del mismo volumen, en Acta levantada por cl Consejo de Gobierno en lmías, Camagüey, a catorce de septiembre de mil ochocientos noventa y seis. Dice el documento:

"Se da lectura a una comunicación del C. Comandante Enrique Loinaz del Castillo modificando su solicitud de autorización para conducir una expedición bajo su mando a la isla de Puerto Rico, en cuya modificación renuncia la contribución de gastos directamente por este Consejo, y reduce el número de Jefes y Oficiales a nueve en lugar de treinta que primeramente solicitó; y su vista se acuerda contestarle, que el Consejo de Gobierno ve con gusto y aplaude el ánimo del Cdno. Loinaz al resolverse a prestar mayor ayuda a la Revolución, queriendo hacer extensiva ésta a la isla hermana de Puerto Rico, donde bajo su dirección cree conseguir el triunfo delas almas libertadoras, redimiendo así aquella colonia, víctima del mismo tirano al quien hoy Cuba combate y por cuya redención, lo mismo que la propia, suspiran los buenos cubanos que saben rendir culto a la santa libertad. Pero lo arriesgado y trascendental de la empresa, como todas las Revoluciones importadas; la falta de conocimiento bastante en los miembros de este Consejo sobre la opinión actual del pueblo puertorriqueño; el saber que el General de nuestro Ejército Cdno. Rius Rivera, Jefe prestigioso de valer que permanece aún en el extranjero, concibió, trabajó, preparó y más

tarde desistió de tan digna empresa, por creerla sin duda infructuosa más que arriesgada, ya que su brillante historia así lo hace presumir; y por último, el estado de nuestra Hacienda, que no permite en la actualidad distracción de fondos que no sean para auxiliar nuestro Ejército, que se prepara a sostener una ruda campaña de invierno, en que quizás por ser la última, demande el concurso de todos sus Jefes y Oficiales; todo esto, sumado, hace que el Consejo de Gobierno, aunque con dolor, se vea impulsado a negar por ahora, la autorización que solicita el Cdno. Loinaz, para llevar bajo su mando militar una expedición armada a la isla de Puerto Rico; no obstante considerarse dicha empresa honrosa, y así tratar de conseguir informes fidedignos y de autoridad bastante para conocer la opinión general de aquel pueblo, y esperando mejores tiempos para nuestra Hacienda, no dejar irrealizable la idea d coadyuvar a la emancipación de los pueblos cultos".

"Mejores tiempos para nuestra Hacienda", la Hacienda Revolucionaria iniciada por Martí, para independizar, a la vez, a Puerto Rico y Cuba. La historia del egoísmo tiene sus páginas junto a las páginas de la gloria.

En la Introducción al Volumen III de los "Documentos", dicen los recopiladores:

"La más somera lectura de las actas del Consejo de Gobierno aquí reunidas demuestra cuán fructífera labor realizaron los ciudadanos que tuvieron a su cargo la alta dirección de los destinos patrios en las duras horas de la guerra de independencia. Si fecundos fueron las iniciativas y los acuerdos de aquel cuerpo, encargados del perder ejecutivo de la República, con facultad de dictar leyes y disposiciones de carácter general, no menos notable resultó su energía reflexiva en momentos de prueba, no sólo frente al enemigo, pero también ante la necesidad de conjurar conflictos surgidos o prontos a surgir en el seno de las huestes libertadoras. También su previsión tuvo otras orientaciones acertadas. Ocupándose en fomentar los medios de arbitrar recursos pecuniarios a la Revolución, estudió las ventajas y los inconvenientes de facilitar la conservación de bienes que se hallaban a merced de la insurrección, mantuvo severamente la prohibición de todo tráfico mercantil con el adversario, adoptó providencias encaminadas a fomentar el Ejército, cuidó de mejorar las comunicaciones con el exterior, analizó y terminó por desechar los proyectos de invadir Isla de Pinos y Puerto Rico y adoptó nuevas leyes encaminadas al ordenamiento de la nacionalidad".

La consciencia moral de Cuba sabe hoy cuanto a costado a Cuba, y a América, el abandono cubano de la visión revolucionaria antillanista de Martí.

En el Acta levantada por el Consejo de Gobierno “en el pueblo libre de San Lucía, a trece de agosto de mil ochocientos noventisiete”, cuenta lo que sigue:

“Da cuenta el Secretario de la Guerra de una exposición suscrita por el General de Brigada Lacret Morlot, que dice: Mayor General Carlos Roloff, Secretario de la Guerra, --Señor Secretario– Al Gobierno de nuestra República por el digno e ilustrado conducto de usted, elevo esta proposición, no completamente mía, que razonaré con inteligencia escasa, pero desde luego confiado en los dotes de nuestros gobernantes para suplir mi deficiencia y permitirme llevar a cabo una empresa que juzgo de beneficio y gloria para Cuba, y de satisfacción sin límites para mí: es llegar la guerra a la vecina isla de Puerto Rico. No es obra siquiera arriesgada. Entraré enseguida a los detalles y en su relato seré breve. Tenemos el compromiso de ayudar a Puerto Rico en su independencia: es pacto existente. Es natural que ella confíe en nosotros porque ella es la pequeña, y justo que la ayudemos, porque somos los fuertes. Ella pasa por el sonrojo de ser el campo de ensayo de cuantas reformas son ideadas por España para dorar pero también para soldar mejor nuestros hierros; pensar en ayudarla cuando hayamos conseguido nuestra independencia es pueril, porque España se hará garantizar su dominio y explotación sobre ella con madrinajes internacionales que tendremos que respetar, mientras que hoy sería, ante el mundo entero, la prueba que nos sobra vitalidad; para Puerto Rico, la honradez en nuestros ofrecimientos; para Cuba, la de su hermandad: para España, la manifestación más vehemente de que somos más fuertes que ella, y para las Repúblicas Americanas que nos han enseñado con su ejemplo, y que al romper las cadenas que las ligan a una Metrópoli de maldición, han aumentado el peso de las nuestras con los pedazos de las suyas, y que hoy son vecinas pero no hermanas, que permanecen frías ante la sangre ajena y propia regada en este pueblo; pero nosotros llenos de confianza en nosotros mismos, muriendo pero matando, lograremos lo que ellas : Patria. Este es mi propósito, Sr. Secretario, y si no entro en más pormenores, es porque todos ellos no pueden popularizarse, y sólo para concretarlo, diré: una

fuerza invasora, muy pequeña, con su Jefe siempre al frente, para ser trasladada de éstas a aquellas playas directamente, convencida que es la tea que lleva al incendio a campo abonado por el odio y la codicia, y sobre todo, que el triunfo está en su fé y no en su número. Puerto Rico hará el resto. Es de usted, señor Secretario, con el mayor respeto y la más alta consideración. –El Gral. De Brigada, Lacret Morlot".

Manifiesta el Secretario de la Guerra en su informe, "que antes de deliberarse sobre dicha proposición, debe llamarse al Gral. Lacret, y oír el Consejo todo los detalles referentes a este asunto". Tomado en consideración lo expuesto, se acuerda hacer para a la presencia del Consejo al Gral. Lacret, quien acude en el acto.

Extensamente deliberados todos los extremos del proyecto, manifestando su autor que obra perfectamente de acuerdo con el Teniente Coronel Enrique Loinaz del Castillo, quien presentó hace algún tiempo otro proyecto de invasión a la isla de Puerto Rico, que fue leído por el Consejo de Gobierno, aunque no aprobado en aquella época; y de acuerdo con los miembros del Consejo, se aprueba por unanimidad el proyecto que presenta el Gral. Lacret Morlot, designándosele para que, como Delegado especial del Gobierno, lleve a cabo su realización, autorizándole para que elija los Jefes, Oficiales, y hasta mil soldados, voluntarios, del Ejército Libertador cubano, que han de componer la expedición armada que solicita, a cuyos gastos atenderá el Tesoro de Cuba, así como auxiliará en lo sucesivo para el sostenimiento y progreso de la guerra en la Isla invadida, a cuyo efecto se le considera como una de las provincias del territorio cubano; y siendo análogo el carácter de sus habitantes e idénticas sus aspiraciones, se regirá por nuestras propias leyes, hasta tanto el estado de guerra permita a aquéllos darse la organización que estimen conveniente para el logro de su independencia, a cuyo fin, Cuba brinda el concurso de sus hijos y de su Erario". (Tomo III, Págs. 25-25)

En la página 27, del Tomo III de los "Documentos", en acta levantada "en el pueblo libre de Santa Lucía, a veintinueve de agosto de mil ochocientos noventisiete", se lee:

"A petición del general José Lacret Morlot, Delegado especial del Gobierno para la invasión a la Isla de Puerto Rico, se aprueba el nombramiento que ha hecho al doctor Sánchez Agramonte, Brigadier

Jefe de Sanidad, para Comisionado en el extranjero con el objeto de organizar la expedición solicitada; asignándosele la cantidad de sesenta pesos mensuales, durante el desempeño de la comisión.

“Asimismo se anuncia como aclaración del acuerdo de trece actual, que por la Delegación Plenipotenciaria se facilite fondos de la República hasta la cantidad de veinte y cinco mil pesos para los gastos de la aludida expedición”.

Y en la página 36, del mismo tomo, en Ata levantada en Santa Lucía, a dieciocho de septiembre de mil ochocientos noventisiete, dice:

“Se da lectura a una comunicación dirigida a la Secretaría de la Guerra por el General de Brigada Lacret Morlot, en que se solicita se le conceda pasaporte para el extranjero a los Oficiales Aurelio Andrew, Pedro Ros y Roberto Cossío Marín, a quienes comisiona para que regresen con el equipo de ropa solamente, que necesita la expedición para Puerto Rico. Oído el informe del Secretario de la Guerra, quien dice que estando el Delegado del General del General Lacret en los Estados Unidos ocupándose de sus asuntos, no procede el envío de comisionado alguno, se acuerda aprobar dicho informe”.

Más adelante, en el mismo tomo (Vol. III, Colección de Documentos) página 63, y en acta levantada en La Esperanza, Provincia de Camagüey, se dice: “Se acuerda asimismo aprobar la conducta seguida por la delegación en sus relaciones con los representantes de Puerto Rico; que los quinientos rifles y quinientos mil tiros que se les han entregado es todo lo que nuestra situación permite hacer actualmente en favor de esos hermanos nuestros, en cuanto a los bonos que se les entreguen hasta completar la cantidad de ochenta mil pesos nominales, de los que se les habían ofrecido”.

Paradójicamente y en la misma acta, que en la “Colección” aparece también en la misma página más abajo, se lee:

“En vista de lo acordado por la Asamblea de Representantes se acuerda dejar sin efectos los proyectos de invasión de Puerto Rico e Isla de Pinos, y que los comisionados que fueron al extranjero a ese efecto queden a las órdenes de la Delegación para su reembarque a Cuba”.

Un acta correspondiente a una de las cuatro reuniones de la Asamblea de Representantes celebradas en la Yaya, Camagüey, y aparece en la página 188 del Tercer Volumen citado, hace la siguiente referencia a nuestra patria:

"Los otros dos acuerdos son tomados en las sesiones de 26 de junio de 1897 en que el Gobierno decreta la invasión de la isla de Pinos, y 13 y 29 de agosto del mismo año , en que, declarando a Puerto Rico provincia cubana, se aplican temporalmente nuestra leyes y se decreta su invasión autorizando a uno de nuestros generales de más prestigio para que saque hasta mil soldados voluntarios de nuestro Ejército y a costa de nuestro Tesoro vaya a invadir la isla hermana, y se envía al extranjero al Jefe de Sanidad para que organice la operación militar asignándosele un suelde de sesenta pesos mensuales. Dejando de lado la conveniencia o la inconveniencia y la posibilidad de realizar en estos momentos tales empresas militares, entiende la Comisión que el Consejo de Gobierno se extralimitó de sus facultades constitucionales, pues según el Artículo cuarto de la Ley Fundamental, el Consejo de Gobierno sólo podrá intervenir en las operaciones militares cuando sea absolutamente necesarios para la realización de altos fines políticos y es imposible negar el carácter de operación militar de las dos invasiones decretadas ni desconocer que aun cuando toda clase de argumentos se demuestre o quiera demostrarse que tales empresas sean convenientes a la realización de altos fines políticos, es imposible ni siquiera probar que sean necesarios , y mucho menos absolutamente necesarios como exige la Constitución para que el Consejo del Gobierno puedan intervenir en las operaciones militares".

Para dar razón a las amargas palabras del doctor Roig de Leuchsenring, que tuvimos el honor de citar al principio de este trabajo, y para dar la razón al doctor Marinello al decir, en "Martí y Lenin", (Masas, La Habana) que Martí, por la triste ironía del destino histórico laboró en contra de cosas que quiso, amorosa y conscientemente favorecer, la Asamblea aprobó la revocación de dichos acuerdos, invocando aquella división de poderes que Martí predicó para la evitación de tiranías en el futuro republicano. Y así la frontera con el norte dejó abierta no sólo la peligrosa rendija cubana de Platt, sino el ancho boquete de Puerto Rico.

Hizo aún un esfuerzo en defensa del Consejo de Gobierno el señor Portuondo. Y con esto concluyen las referencias a Puerto Rico fijas en el Tomo III de la “Colección de Documentos”.

Pero abrimos el IV volumen. Una sola es la constancia de nuestra patria en ese tomo. Ya, injustamente, criminalmente, sin previo aviso, había sido bombardeada San Juan de Puerto Rico por la flota yanqu; ya por el portal de Guánica había entrado a tropa beoda de Kentucky, y ya España y Estados Unidos habían firmado el Protocolo de Paz de 1898.

El 25 de agosto se reúne en Camagüey el Consejo de Gobierno. Es en el pueblecito de La Viuda. El Secretario da lectura a las bases esenciales del Protocolo aludido. Es la primera mención cubana de nuestra nueva esclavitud:

“Primero: Que España abandona toda pretensión de soberanía y dominio sobre Cuba. Segundo: Que Puerto Rico y otras islas en la Antillas y una isla en Las Ladronas, que escogerán los Estados Unidos, serán cedidos a éstos. Tercero: Que los Estados Unidos ocuparán y retendrán la ciudad, bahía y puerto de Manila, mientras se concluya un tratado de paz que determine la dominación, disposición y gobierno de Filipinas. Cuarta: Que Cuba, Puerto Rico y otras islas españolas en las Antillas sean evacuadas inmediatamente, y que para arreglar y ejecutar los detalles de la evacuación se reunirán en la Habana y en San Juan respectivamente, y antes de treinta días de firmado el Protocolo, comisionados que se nombrarán antes de diez días, Quinta: Que los Estados Unidos y España nombrará cada uno hasta cinco para negociar y terminar un tratado de paz. Los comisionados se reunirán en París antes del primero de octubre. Sexta: Al firmarse el protocolo se suspenderán las hostilidades y se dará aviso cuanto antes a los Jefes de las fuerzas armadas de ambas naciones.”

He aquí, pues, la ofensa jurídica perpetrada contra Puerto Rico por los beligerantes a través de un Protocolo preliminar a un Tratado a todas luces nulo. A esa ofensa es que ha propuesto con su firmísima tesis jurídica el Dr. Albizu Campos:

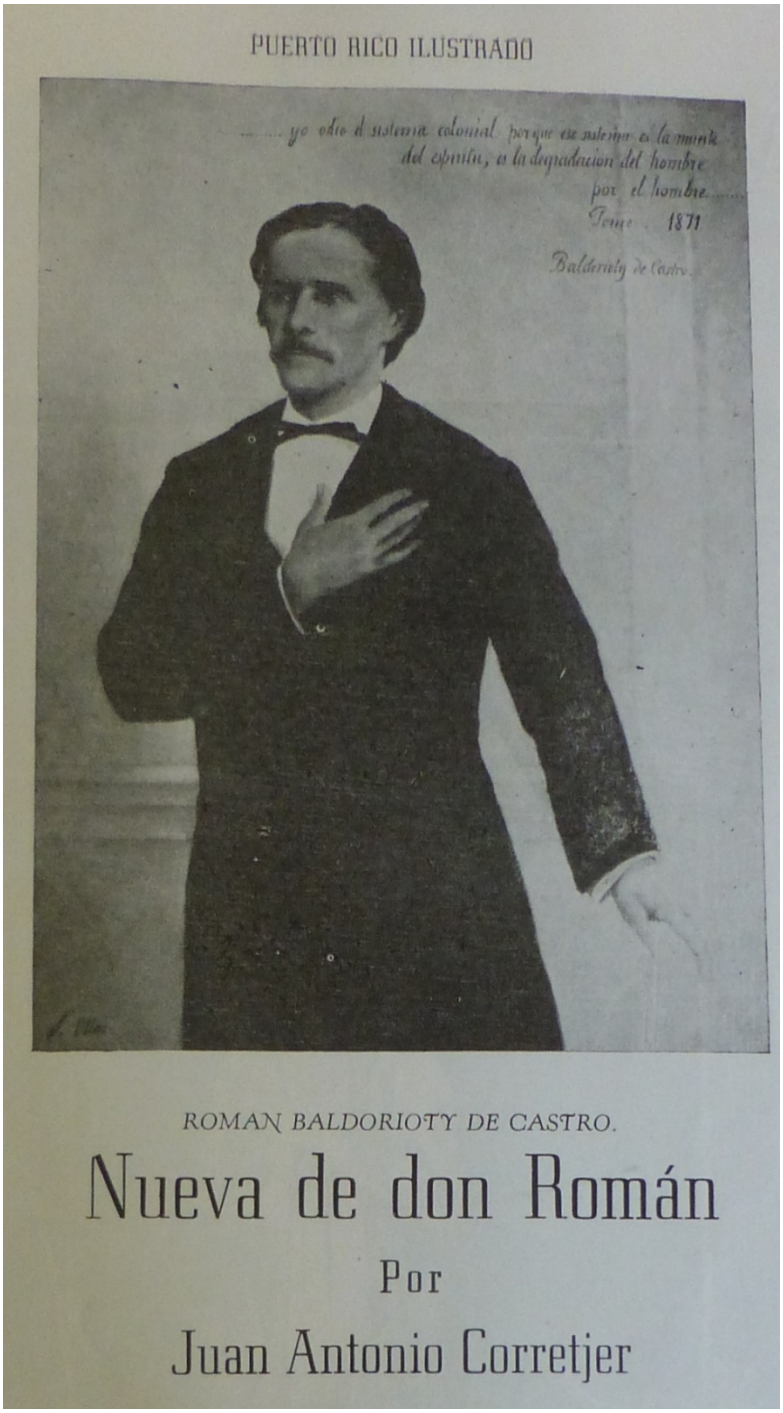
“El Tratado de París, que terminó la guerra entre la Madre Patria, España, y Estados Unidos de América, ratificado en abril 11 de 1899, es nulo y sin efecto en lo que concierne a Puerto Rico”,

Queda aún, tristemente, una mención más a nuestra patria, en la "Colección" aludida. Está en el Tomo Sexto y último. El entusiasmo nacionalista de algún borincano en la manigua cubana, mentó con el patronímico nacional el racimo de casas que con el tiempo ha sido municipio de "Puerto Rico" en la Provincia de Pinar del Río. A ese poblado se refiere esa última mención.

Resultará muy interesante saber el número –gran número– de documentos perdidos o no publicados, que darán constancia de la participación de nuestra patria en la Guerra de Los Diez Años y menores escaramuzas por la independencia cubana, causa a que dimos, elevados cadáveres de tres mil héroes anónimos, la abnegación esforzada de Betances, la espada de fuego del General Rius Rivera, la ofrenda generosa y conmovedora de Pachín Marín.

Juan Antonio CORRETJER

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado



<u>2ndo artículo</u> - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 2 de enero de 1937

<u>Tema</u>: El autor discute sobre la figura de Román Baldorioty de Castro

El Hombre de Cartulina

Mi abuelo fue un hombre de ancianidad agria, casi desesperada. Más de medio siglo de desengaños políticos le barrieron una fe ya en sí misma minada por Spencer, por Stuart Mill, quizás por Hostos. Pero recuerdo, para serle leal y no atribuirle lecturas de segunda mano, que fue en su biblioteca –aquella biblioteca– donde por primera vez vi, en letras sobre el canto "Los Primeros Principios".

¡Aquella biblioteca! El padre de mi madre no era persona de rendir intimidades. La casona vieja, ancha, espaciosa, sobre la vega acostada más arriba de los caminos que dan a la altura cafetera, tuvo un sitio siempre para la atención del visitante, un puesto en la mesa para el hambriento, una manta para la noche del viajero. Pero mi abuelo no rindió jamás la espaciosa alcoba donde al calor del recuerdo, pasaba, hundido en la dulce hamaca, largas horas de diaria meditación. Ni abrió el apetito curioso aquel cuarto grande del piso bajo, llamado pomposamente "biblioteca", donde, rodeado de un prestigio misterioso de francmasonería y conspiración, recibió antaño, en los "días de hombres" que él decía, algunas figuras abrillantadas de nuestra política…. que luego mordazmente desapareció.

Yo tuve el privilegio de nieto consentido, ribeteado de precocidad, de que para mi se abriesen, frecuentemente, las puertas de aquel infranqueable recinto. En aquella habitación de casa campesina vi, por primera vez, también, al ilustre puertorriqueño que ocupa hoy mi atención. Estaba el hombre allí, en la cartulina, metido en el abrazo de cuatro listones de cedro, el cabello hacia atrás, suave; finos labios, y enérgicos; la mirada piadosa; negrísimo el bigote y la mosca; sencillo y elegante, el porte. Se llamaba Román Baldorioty de Castro. Mi abuelo, con tono de rara emoción en su voz, los llamó siempre: El Maestro.

El Adulterio

A la escuela pública entré pleno de tradición y emoción histórica. Iba a cumplir –ah suerte– diez años. Un catalán sin contemplaciones y una catalana que parecía hermana de su marido, me habían enseñado, con letras y rezos, el amor de lo históricamente mío, por no pertenecer sólo a mí, sino por ser bien común, bien de todos, más amado. Entré en la

"escuela pública" poseedor de ese tesoro. De mi hogar lleve a ella el espíritu de un viejo que se pasó muchos años esperando que desembarcasen en las playas borinqueñas las expediciones, y en mi mente signaban continuamente arabescos sublimes las espadas libertadoras de América.

En esta tensión de espíritu me acerqué a las figuras patrias que esa llamada "escuela pública" mostraba como cívica ejemplaridad porvenirista. Así tropecé con Baldorioty. Y me encontré con un Baldorioty de mantequilla, en quien los adjetivos altisonantes en esos textos aplicadores, no rimaban con el tenor de vida que le deseaba.

Mi inocencia no comprendió que una escuela se funda para destruir, como se funda para construir, como se funda para continuar. No podía ver con meridiana claridad entonces que una escuela de despuertorriqueñización sistemática, de simulación de la cultura para la destrucción de nuestra cultura, de demolición premeditada de todo valor verdadero, todo valor real nos sería irremediablemente oculto. Y que, se tropezara con una figura de imposible ocultación nacional la presentaría siempre por el lado de mejor conveniencia. Betances y Ruiz Belvis, meros abolicionistas; Hostos, educador; Baldorioty, un sencillo y humilde reformista, pastor protestante si viviese…. En cuanto a figuras macizas, de una sola pieza, como el Mariscal Valero o como el General Rius Rivera, ni una palabra. Quedaba así el porvenir de Puerto Rico "condenado al peor de los manicomios, que es la ignorancia" como dijera Albizu Campos.

El Hombre Histórico

Pero Don Román Baldorioty de Castro fue otro hombre –fue un hombre– Hombre no ya sólo de su época, sino, en ciertos aspectos, y enmarcado en su ambiente, hombre por encima de su época. En el terreno estricto de su cultura, es una isla, sola, pero libre, en aquel tiempo huracanado. En medio de un rincón de retórica, de leguleyería, de eclesiastés sin digerir, sin enciclopedia de cuarta mano, se levanta señera la roca firme de su cultura, ajustada a rigurosas disciplinas científicas. A su alrededor lo mejor busca compañía: Acosta, Quiñones, Brau, Hernández, Albizu. En lo político, cuando el campanario se impone atando a las lenguas pueblerinas la emancipación de los espíritus, él rompe el círculo vicioso, y mirando con segura mirada el provenir histórico de su isla nativa, la

incorpora a la gloriosa cadena antillana, y desplegada ya en bandera del archipiélago, la ve, sin romanticismos calenturientos, por un inevitable y superlativo escalonamientos histórico, potencia naval, dueña de los mares. ¿No es él, acaso, quien en 1854, pone empeños encendidos de visión y de fe, para que se funda –y lo obtiene– una Escuela Náutica, de la cual él mismo será profesor encargado de las más estrictas disciplinas? ¿No es él quien, cuando va a poner nombre a su colegio particular, en la tierra hermana de Santo Domingo, ajusta en ese nombre una visión, certera y firme y madura ya, de permanente unión de las trece islas que un día otro grande isleño –José Martí– habría de unir en su nombre en un común destino, como homenaje a su ilustre memoria? ¿No se llamó el colegio aquel "El Antillano"? Él es sin duda, quien ya en 1853, previendo que a toda revolución política o social ha de anteceder una inevitable revolución moral e intelectual, abraza el ideal de dotar a su tierra amada de un plantel de enseñanza donde se estudien ciencias naturales, en cuyos experimentos naufrague el lorismo tropical y la imaginación, frenada, no dé sino los frutos que verdadera y beneficiosamente debe dar. "Cree Baldorioty que los medios para conducir a ese desarrollo que describe son el estudio de las matemáticas, que conducen directamente a la Geodesia y a la Mecánica Aplicada, La Física, la Química y la Historia Natural, a la Agricultura y a las Artes Industriales, las Lenguas Vivas, la Geografía y Cambios de Comercio; la Lengua Latina y la Filosofía con todos los anteriores, a las Letras y demás estudios universitarios".

No es leguaje humilde reformista, hoja seca entregada al vendaval político madrileño, el que habla Baldorioty en el Parlamento español. No. Ni lo pensaban las autoridades españolas. Alguna vez las palabras coléricas de Baldorioty levantaron oleadas de indignación en las autoridades españolas, traducidas en prisión y destierro; pero revelan elocuentemente que se pensaba del criollo encendido aquellas palabras con que Romero Robledo contestó uno de sus discursos: "Es necesario que pudieran venir, para este debate mismo, que el grito de ¡Viva la Libertada de América (Puerto Rico) es sinónimo de independencia!".

Estoy escribiendo aquí impedido de documentos y de libros, cohibido, por circunstancias públicamente conocidas de los elementos más necesarios para una detallada comprobación histórica. Pero sé que estoy

sobre la verdad inconcusa. Sé que Baldorioty no sólo fue independentista, sino también fue revolucionario.

¿Cómo se explica entonces, se me habrá de decir, su política monárquica gubernamental, de largos años? Pero, contestaré yo, ¿cómo explica que, un criollo monárquico, españolizante, gozase de la absoluta confianza, no sólo de confianza, sino del afecto, de separatistas inconfundibles como Martí? ¿Cómo se explica que, que un criollo mestizo monárquico y españolizante, fuese recibido con tanto amor en Santo Domingo, cuando estaba vivo aún en esa tierra el rencor y el dolor que la guerra contra España acababa de levantar y de causar? ¿Cómo se explica que Betances, tan duro para todos los que sin miedo y sin vacilaciones no abrazaron la causa revolucionaria, mantenga frente a Baldorioty, una actitud de respetuosa reserva? ¿Cómo se explica que un hombre tan medido con Martí, en uno de sus mejores momentos de prosista incomparable (en prosa, cuya amorosa emoción y fino estilo no superó el inmenso habanero, sino en su estampa de Cecilio Acosta) dijera aquel elogio revolucionario del puertorriqueño que bajaba a la tumba, formulando a pie de la fosa del maestro de Guaynabo aquella frase que ha sido luego apotegma antillanista: “las tres islas que juntas se salvarán”?

Supongo –y lo creo firmemente– que la explicación hay que buscarla en aquel tiempo u espacio, en la más estricta significación dialéctica de ambas palabras. Creo que autonomismo público –como no ser bajo la monarquía cosa menospreciable, ni sueño meloso, ni excusa de castrados– no fue en Don Román sino clandestina de preparación revolucionaria. Alguien de prestigio, de comando, debía estar aquí, y para hacerlo, sin caer en la obstaculización de una cárcel o en la muerte misma, habría de tallar con baraja española. Recientemente, y en carta que dirigiera a mi noble esposa, el único antillanista de origen que aún vive y sobrevive a la sagrada legión de 1869, el ilustre Maestro don Federico Henríquez y Carvajal, parece, con su irrefutable testimonio, abonar poderosamente a mi opinión.

Dice así el notable dominicano: “Vuelvo los ojos del alma hacia el pretérito y veo los honestos e ilustres próceres del antillanismo y nacionalismo de Puerto Rico. Celis Aguilera y Hostos. Los demás actuaron evolucionando. Tales, en segundo plano. Baldorioty, De Diego y otros… Es el mismo proceso seguido en Cuba. Algunos autonomistas

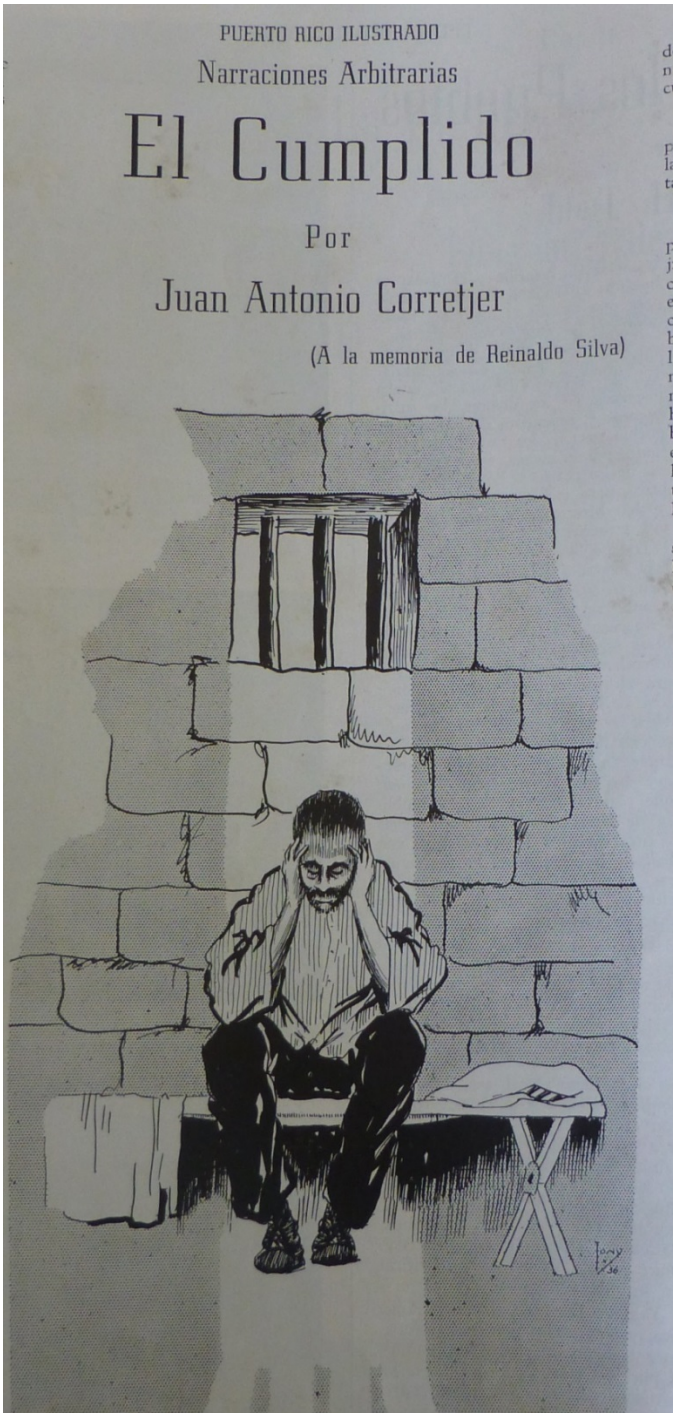
–evolucionistas– sirvieron leal y noblemente, luego, a la revolución libertadora.

“Román Baldorioty de Castro –a quien conocí y traté aquí– 1876-1878 –no sólo fue un sabio, el más docto de su generación, allí, sino un patriota, prócer y mártir. Su verbo y su pluma, ambos de acero toledano, fulguraron al frente de la evolución en el camino de la revolución. La evolución es una etapa, y a veces una jornada, de la revolución. Yo, que lo leí siempre y lo oí varias veces, doy testimonio de su virtud austera y de su orientación reformista, autonomista e independentista. De haber vivido –júrolo como lo creo– habría encabezado el movimiento postrero iniciado por Hostos, como Jefe del Nacionalismo”.

Tal es el hombre histórico, el hombre que fue don Román.

Juan ANTONIO CORRETJER

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado



PUERTO RICO ILUSTRADO

Narraciones Arbitrarias

El Cumplido

Por

Juan Antonio Corretjer

(A la memoria de Reinaldo Silva)

<u>3er artículo</u> - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 9 de enero de 1937

<u>Tema</u>: - Cuento sobre las haciendas cafetaleras

Pablo vive agregado, sobre el seno erguido de la loma. La finca misma le dio la casa: los cuatro estantes de ortegón rollizo; los setos de tablones anchos de ceiba madre; el tejado de cordial matojo; la cama de tablas en el aposento único; el *ture* amigo; las *ditas* de higüero; los cocos para el café prieto de la amanecida; las cucharas criollas en las cuales la lima, vacacionándose del lugar de oficio del machete, jugueteó un elemental arabesco.

Pablo tiene dos gallinas –búlica la una; negra, la otra- un gallo mestizo; una mujer por derecho natural Y cinco barrigones. El mayor—alabada sea la maestra– ya escribe "mesa" sobre los setos, y el padre siente que le cosquillea el orgullo, aun cuando esta temblorosa y gigante caligrafía le ha costado no pocos quebraderos de cabeza.

Dos veces por semana, Pablo baja hasta el pueblo. Foete de larga rabiza en mano, cinco mulas y una yegua cargadas con café cáscara en recua por delante, el buen peón sale, con el canto de los pitirres, desde el batey de la hacienda. Los pájaros cantan bajo un cielo pluvioso, y pronto comienza a caer, fina y aguda, la llovizna pertinaz del invernazo, --el chubasco frío y venteado del consecuente norte de las alturas cafeteras.

Ya, a las doce, esta despachado, y sale del pueblo, aliviado de piernas, sobre la yegua trotona, por delante cochadas las escoteras.

En el camino de la cordillera hay una quebrada. Desciende tumultuosa desde el abra, hinchada por las lluvias, destrozando sobre las rocas su chal de amarillentas espumas. Cerca de la quebrada está el tenducho. El dueño, ingenioso, ha instalado una cañería de bambú. La canal vacía el cautivo torrente en un barril negro por el tiempo. El agua le cae constante, y el barril se rebosa, enviando sobre las piedras del camino un brazo de agua que lo atraviesa, perdiéndose luego hacia abajo, en el cafetal. La cañería ha bautizado el ventorrillo: se llama "La Chorrera"

Pablo arrima la bestia bajo el alero, mientras sus compañeras, libres del ajoro del arriero, se ponen a mordisquear por los barrancos.

En el ventorrillo hay dos peones, una mujer que atiende el despacho, un chiquillo mocoso e impertinente. Sobre el mostrador, dentro de una caja de madera destapada, cinco, seis botellas, con la espuma del maví derramada sobre los cuellos, como barbas. Las moscas vuelan sobre

ellas sin prisa. En el aparador, casi vacío, unas latas de conservas; en los graneros, arroz barato, azúcar crudo, habichuelas, pan, duro de una semana.

Con la confianza del bien conocido, Pablo pide, con señas y palabras, su ración de peón mojado. La mujer desaparece por una puerta trasera, encortinada de saco, y vuelve con una botella llena de ron jíbaro, mal oliente y dulzón. Pablo extrae treinta centavos del pañuelo anudado, paga y gana el camino.

En una revuelta, bajo el guamá coposo que le protege de la dura llovizna, detiene su cabalgadura. Saca de la mochila la botella y bebe. Una náusea caliente le agita el cuerpo. Escupe, prende un pitillo, y se rehace. –Ay, le-lo-lé…

Por encima de las palmas reales, por encima de las crestas calinas de la cordillera, un arriero invisible restaya el foete azul de los relámpagos.

★ ★ ★

La lluvia de la tarde lavó los campos; llenó de puntos luminosos el tejido de las guabas sombrías; trajo el canto de las tórtolas. Caída la tarde, el viento del sur pasó su mano hacendosa por el cielo. Barrió las nubes hacía el norte; sacó los senos de las lomas por entre las lácteas neblinas; puso, como un monóculo, la luna sobre el campo. Lejano, desde la hondonada sombría que un dedo de bruma señala hacia el oeste, se alza el canto del río. Los cucubanos vuelan sobre las talas --estrellas errantes. En el cafetal, el múcaro mastica los anhelos de la estancia.

Pablo sentado en la meseta, piensa. Sus hijos se han dormido. En la hamaca de saco, can los ojos cerrados, la chiquitina respira serena, como un ángel –un ángel sucio y mal vestido, un poco flaco y otro poco hambriento. En el halo incierto de la lámpara mal alimentada su mujer remienda. Las facciones huesudas se le recortan, se pronuncian, como sacadas en madera.

El hombre piensa. Frente a él, más allá del pequeño valle a donde va a morir, lánguidamente, la loma en que se asienta su casita; más allá de la cuidada huerta; por entre las acacias floridas que circundan el jardín; por entre las madreselvas y trinitarias que trepan par el balcón, hasta el

techo, las luces de la casona patriarcal de la hacienda, brilla ante sus ojos. La casona es larga y ancha, toda corrida en tres frentes por el balcón. En la iluminada sala espaciosa, sentada en el butacón inmenso, de brazos faraónicos y blandos cojines, al amo extranjero fumará, voluptuosamente, su puro nocturnal. Las chicas de trajes osados leerán sus novelones, o soñaran con los novios de la capital, de codos a la ventana, sobre el jardín. La señora tendrá los encajes de su entretenimiento, maternal recurso de olvido en la obligada ausencia del tallo varonil y orgulloso, que busca en la Europa lejana, con los sudores del padre, la dignidad oficiosa de la toga. Los gatos se estrujarán sobre las piernas mofletudas, los rabos erguidos, como penachos de la paz burguesa, abastecida y soñolienta.

Un suspiro sale del pecho llano dl peón. Pasa, bajo su bigote desflecado; corre la escala familiar de sus amores; flota sobre la casita bañada por la luna, y sube, como un humo azul, hacia las estrellas….

¡Las estrellas! Este eviterno temblor luminoso le brota astros en la memoria. El buen hombre rememorara su vida. No fue pobre siempre, pobre de miseria. Cuando la existencia entró a crecerles por pulgadas, suya fue casa sencilla y grandota, franjada de gruesas vigas, ancha de sala y abundosa mesa. Los negros y espesos bigotes paternales eran insignia de dominio en estancia propia –pequeña, más paridora y suya.

¡Suya! El posesivo parece ahora borrado del vernáculo de la montaña. En su mente no se revela, con lineales precisiones, el escalonamiento de detalles por cuya pendiente rodó a la orfandad sin techo y a los pies sin tierra. Todo se le presenta ahora en una espaciada calzada de hitos sentimentales.

Cuando murió su padre, roído de vergüenza y rabia, su madre se alejó mucho de su hijo. Atareada de sudores ajenos sobre laja de "joya", su delgadez se partió sobre el campo, sin que se le oyera un reproche. Con más amor que antes, el chiquillo se pegó a las faldas de la abuela. Ahora recuerda aquellos ochenta años, fruncidos en arrugas y en pupilas desteñidos, tocados por el madrás inseparable, lleno de avemarías y añoranzas. Recuerda, de sus labios, ya callados para siempre, los cuentos de la infancia. Recuerda el del cubano que vino con un cuño e hizo amistades y dinero; recuerda como un día los perros de la casa trajeron, mordisqueada, la mano tronchada de un hombre, y cómo por

el rastro de los perros llegaron hasta el tabonucal, donde el cubano cara al espeso ramaje, se pudría en la maleza. Recuerda el cuento del caballo fantasma, corriendo desbocado por los caminos reales las treinta noches de junio. Recuerda el de las estrellas...

Una noche, en las horas de prima, sentados sobre el pequeño muro que rodeaba el glacis, junto a las oxidadas canales del aljibe, su abuela lo inició en el secreto de esas fantásticas pupilas –intocables luciérnagas.

Vivió, allí mismo, sólo algo más allá de donde los caminos se dan fraternalmente las manos, un chueta sin Dios y sin ley. Protegido por la impunidad cometió robos y asesinatos. El débito de muchos sudores los liquidó de una puñalada. Después que murió, bajo su casa se hizo el hallazgo macabro de siete sepulturas. Los huesos blancos fueron llevados al pueblo sobre unas parihuelas.

Un amanecer la barragana lo encontró teso, los ajos abiertos, la barba hirsuta, los pelos como alambre, el cigarro mustio entre los dedos crispados No hubo señales de crimen. Verdaderamente no lo hubo. Como muchos bandidos, se fue a la tierra sin el castigo de los hombres.

Pero su alma subió al cielo. Acostumbrado a imponerse entre los humanos, contra quien no podría con la fuerza, tentó con el soborno. No tenía obras de bien que echar a la balanza, y puso oro. Onzas de oro, californias relumbrantes, pepitas del Corozal. Y Dios, entonces, recordó que un día, entre los hombres, paladeó el asco de los mercaderes y sintió el gusto de la ira. Con la diestra soberana volcó, iracundo, la rica bandeja –y mientras el alma del cochino descendía, como un bólido, a los aceites hervorosos del infierno, se regaban por el piso del cielo las pepitas de oro, las relucientes californias de aquel dulce y pasado tiempo en que los perros, amarrados con longanizas, no se las comían...

Pablo sonríe. La ilusión, muy pocas veces, resiste la prueba de la vida. Pero el peón gustaría, de que fuese verdad el cuento querido. Una noche, después de la miseria dl día, trepando por el cerro que encumbra los caudales del amo, escalaría el cielo, mataría el ángel guardián y se traería las estrellas.

★ ★ ★

La constancia del invernazo apresuró la cosecha. Los cafetales se agobian bajo la madurada.

Descalzas, las faldas cortas sobre las pantorrillas, colgadas del cuello las canastas, las jíbaras se adentran en el cafetal. Los hombres las siguen, bromeando. Los chiquillos recogen el grano maduro caído, el despepitado de los múcaros. Entre la fragancia de los cafetos paridos, en manchas amarillas, el azahar de los chínales. Las canastas se van llenando de granos maduros, de granos pintados, de hojas ennegrecidas por las lluvias. Llueve. Los jíbaros se mojan. Sus pies se sumen, hendidos y supurantes por la mazamorra, en la hojarasca mojada. Alborotadas por los garabatos, las avispas se prenden en las carnes, les hinchan los ojos. La "albayaldes", casi microscópicos, pero rabiosos como perros, se deslizan en rayas por los brazos, tiñen de rojo los cuellos de las muchachas, se escurren por la ropa dejándoles ronchas en los senos. Y los jíbaros cantan. Cantan, sin embargo. Cantan bajo la lluvia. Un gran diálogo musical, encantador y sencillo, flota sobre las estancias. Son las coplas del pueblo, suspiros del alma popular hermosa, tristezas e ironías, fracasos y esperanzas. Dice la copla la tristeza de la tierra irredenta, la ilusión amorosa frustrada, el despecho femenino y la arrogancia viril. El pueblo, instintivamente, se refugia en sus reservas. El cafetal es un infierno poético.

Llueve todo el día. Al atardecer, resoplando bajo los sacos repletos, los jíbaros salen del cafetal. El embudo avaro de la hacienda recoge el grano precioso. Los sacos van hacia el reposo, van hacia la capital abarcadora. Los sacos van hacia las ciudades fabulosas, hacia los ocios vacíos de los restaurantes de moda y hacia las arcas doradas de los bancos insaciables. Los jíbaros, transidos por la lluvia, sucios, descalzos, hambrientos van hacia los bohíos. A sus espaldas, desde los árboles espesos, lloran las tórtolas.

★ ★ ★

La noche. Las últimas lámparas se borran. El silencio, la oscuridad, la lluvia, tres capas pegajosas sobre el campo, La brisa es un leve siseo entre los árboles. En la sombra cerrada los múcaros degluten su carcajada irónica. Sus ojos absurdos son los astros fantasmas del cafetal. Pasan, untados de sombra, los murciélagos. El pájaro bobo se

mira la cola inútilmente. En la lejanía, como la voz de un mundo desesperado y amoroso, se levanta el bramido de la torada en celo.

Amanece, y el sábado se estrena con una minuciosa complicidad crepuscular en que el sol ya se levanta cuando no se ha acostado, todavía, la luna. La ternura de la vacada sometida al brazo especulativo de la ordeña toma para sí la propiedad de la hora. Y, mientras sube, espumosa, la nieve láctea en las ditas, Pablo toma otra vez, por delante de la recua cargada, el camino que da al pueblo.

El amo le ha amonestado antes de la salida. Hoy es día de paga, y procurará estar temprano en la hacienda. No habrá de detenerse en parte alguna, porque el tiempo apremia y el dinero de la peonada puede ser una tentación en el camino. Pablo muestra una seriedad ofendida cuando marcando una ese grande en el espacio con la rabiza de majagua se abre hacia el camino desde la amplitud acogedora de los bateyes.

Pablo se despacha pronto, y toma, de nuevo el camino tantas veces recorrido. Ha hecho una mañana clara, pero el mediodía está amontonadas nubes espesas sobre los dientes de la cordillera. Río arriba le ataja el chubasco. Encapotado en Un encerado de cargas Pablo se arriesga entre la lluvia estremecida por los vientos. Pero cuando se va acercando a “La Chorrera” una ansia de sabores calientes le va ganando la carne traspasada por el frío. Un rápido debate entre el deseo y la voluntad termina en la caída agónica de la última sobre el mostrador del sucio del ventorrillo. Con la naturalidad del hábito pide su ración caliente. En el ventorrillo se agita, en la alegría de la tarde sabatina, la típica inquietud de los salarios cobrados.

Oficia el dueño de “La Chorrera”. Tiene en sus manos las cartas sucias de una baraja de Valencia. Dos peones se inclinan sobre las apuestas. Hay un mayordomo de las cercanías, un hijo de estanciero y un tahúr pueblerino, --correcostas empedernido en la santísima trinidad del pecado: hembra, ron y baraja. Pablo lo mira a través de sus ojos, un minuto enrojecidos por el cálido verano alcohólico. Los mira un rato sin interés, todavía crucificado en el árbol impiadoso de sus deberes de peón. Un muchachón de calzones a media pierna llega bajo la lluvia.

Pablo le acepta el "invite". Dos frascos vacíos de polvo de coca se ofrecen a su avidez llenos de alcohol, pleno de volátiles en la precipitada prosperidad de su fermentación, bravío y matador, en que sumió a nuestros campos el vigor insubstancial de una ley estúpida. Sin saber cómo, Pablo se acoda entre el mostrador, junto al cuadrilátero tentador de las apuestas. Juega, tímidamente. Ha jugado su medio peso y lo ha visto irse con pena. En esa locura de los rescates va perdiendo el dinero que no es suyo. Por la ávida faltriquera del correcostas, en súbita complicidad con el muchacho recién llagado de los calzones semi cortos, se van deslizando los billetes de la hacienda lejana.

Pablo reacciona ante la realidad. Ha perdido veintiséis pesos. Veintiséis pesos ajenos. En su mente, nublada por el súbito despertar de la consciencia, irrumpe un heroico remedio: la fuga. Lo piensa un instante. Tiene en su poder casi ciento cincuenta pesos. Se irá lejos. Dejará las bestias por el camino, y se largará a donde nadie lo conozca. Allá, en la hacienda, la fuga no agrandará su nuevo mérito de ladrón, pero rebajará a cero las humillaciones. La mujer, los hijos sufrirán un poco más que de costumbre. Ya se las arreglará él para enviarles dinero, y para llevarlos a su lado cuando el tiempo haya abierto un hielo de olvido entre sus pecados.

Vencido por la idea, desmonta, toma campo traviesa, y se va por los campos. Camina sin cesar, ganoso de la costa. Los cañaverales, con la promiscuidad de su peonada y la fluctuación permanente del brazo barato, se le prometen como un refugio. Por allá no irá a buscarle la mirada escrutadora del guardia.

★ ★ ★

La noche pisando sobre los caminos. El viento de la noche va limpiando los cielos. Los cielos van abriendo sus ojos millonarios. Son ojos claros, vivos, que abren la oscuridad densa ele los mundos apretados, ceñidos, en la simetría giratoria de las constelaciones. Son pupilas sagaces, timbres de luz cuyo ilusorio sonido van despertando fantasmas en las consciencias dormidas.

Aquel calor que le anudó la garganta y le secó el corazón va siendo vencido en Pablo por una nocturnal ternura, bordeada por los recuerdos. De aquel lado le llama la casita anochecida, bajo cuyo techo pajizo

duermen, en una espera amargada por la duda, sus amores de hombre. Piensa en la hacienda fecunda, en la gran casona familiar en donde la bondad burguesa tiene sus asientos. Piensa en el amo, que le regala de confianzas, y a quien acaba de traicionar en un desdoblamiento de cobardías. Un momento el amo mismo le nació evangélico en el pensamiento, como costumbre de esclavo. Vio las manecitas de la chiquitina, los ojos caídos de vergüenza de la madre de sus hijos: un complejo de debilidades burguesas le nació a en el pecho. Y fríamente, como buey que va al matadero, toma el camino del retorno.

Iba a cantar el pitirre su diana al lucero del alba cuando Pablo, tras breve diálogo can su mujer, se presentó en la hacienda. Traído en la jaca zaina del amo, el guardia ya estaba en la casa desde la noche anterior. Pablo no ofrecía resistencia, ni tuvo piedad el amo. iOh, hay que saber qué son unos miserables pesos para el que tiene muchos! La filantropía es un superávit de todos los crímenes de la explotación.

El guardia esposó a Pablo. La azuzó hacía el camino. Y montó a caballo, conservándose atrás. La mujer lo vio ir, pálida, con los ojos secos. Los chiquillos lloraron, llamándolo. La chiquitina no entendía. Pablo, caminando con la cabeza baja delante del guardia montado, pensó un momento que su mente cobraba una lucidez nunca poseída, y que él no había sido otra cosa más que una bestia que marchaba así, amarrada, por delante, como las teguas y las mulas que él arreaba por los caminos.

★ ★ ★

Cuando llegó al poblado se prendieron a sus mejillas todas las mofas de los vagos, todos los dicterios de la hipocresía. Pero cuando, traspuesta la puerta del cuartel, enmudeció la burla y se mustió la vocinglera ofensa, Pablo supo, por vez primera, la dureza de una ley que no se ha escrito, y cuyo ejercicio está reservado a las macanas.

Era una casa vulgar, una casa de pueblo nuestro. Una mesa de escritorio estaba esquinada en la sala. Detrás había una silla, y en la silla un hombre uniformado. Había dos guardias más. Le hicieron unas preguntas breves e indiscretas. Luego lo pasaron al comedor. El comedor daba, de frente, a una galería. Por la puerta que daba a la galería, se veía, más allá, la paz, de los campos. A la izquierda había

otra puerta. Esta puerta daba a una habitación dormitorio, sin cama Un guardia, de ojos verdes, cara sonriente. Bien peinado, con frescura de recién salidos del baño, lo empujó hacia ese cuarto. Pablo, todo sucio, amoscado, sudoroso, se dejó empujar. Seguido sintió una patada sobre los riñones. Después lo abofetearon, lo insultaron, lo macanearon. Pablo quedó inconsciente. Cuando volvió en sí lo llevaron al depósito. Al entrar por la puerta de rejas todavía recibió la última caricia.

La mañana siguiente lo llevaron a la cabecera de distrito. Pablo no comprendió lo que pasaba entre aquellos señores entogados, y aquel grupo de hombres sentados, que se levantaba de vez en cuando, y que por fin vino diciendo culpable. Pablo sólo supo que partía hacía la cárcel, que atrás quedaba todo lo conocido, todo lo vivido, rielado ahora con un sol otoñal de recuerdos. Y que estaba de frente a algo desconocido, oscuro, tétrico, algo con que, en su niñez, también su abuela lo hizo dormir de miedo: la cárcel.

II

Una tarde, mediando el verano, Pablo escucho su nombre, gritado repetidamente por la galera. Volaba el apelativo con inusitado vigor, como si entre los presos se quisiera encontrar a mismísimo apóstol de los gentiles. Junto, pegado al nombre ilustre, como pregón, repiqueteaba su sobrenombre de galera.

De una obsesión suya le vino. Cuando la puerta d la cárcel, al cerrarse, le vedó el campo libre, la ternura de sus hijos, el amor de mujer y el respeto de los hombres, Pablo se afincó una idea permanente en su cerebro. Con la esperanza de la libertad fabricó un jarabe para su tremenda intoxicación de presidio. El tiempo se le achicaba en la frase, como si, comprimiéndolo, lo empujase precipitadamente hacia la fecha lejana de su libertad. Era un remedio heroico para una enfermedad vulgar. Así, con un poco de humor jíbaro, medio rajado por el temor de los ingresos, cuando el día de su llegada al penal salió de la barbería con su cabeza como “bola de billar”, inicio aquel triste consuelo que habría de cambiarle el nombre. Y se engañó a sí mismo dándose para los adentros la excusa resignada de que “ya estaba cumplido”. Y así en todas las circunstancias amorosas de su vida en el penal. Con este estribillo en los labios montó las “imaginarias” baldías; soportó la vecindad asqueante de la pederastia; baldeó en el turno en el turno de

franco el piso de la galera; hizo de ordenanza en la “cuarta”, la galera triste de los tuberculosos, y hasta una vez, en que el honor de hombre de pelo en pecho que le enseñó en las lomas lejanas la abuela cariñosa le subió al piso de arriba, pasó la puerta doble de los calabozos. –Va, si ya estoy cumplido– Y así perdió el nombre de Pablo, que fue sólo para los compañeros de infierno legal, “El Cumplido”.

Pero ahora ya aquella reconcentrada esperanza, como ilusión verdadera, querida, se le venía a las manos como perrito juguetón. Ahora su nombre abría letras, como un abanico en el aire viciado de la galera, chocaba en las paredes, venía a darle en la cara, como una mano, Pablo, “El Cumplido”, lo era de veras. La lista de “libertades” para la mañana siguiente incluía su nombre. Paso la noche en vela. Sentado en el catre, mirando quietamente aquel recinto sombrío, en cuya longitud escasa quinientos hombres sufrían, oyó caer, reglamentariamente, la campanada del silencio. Cesó el trajín. Se aquietaron las cosas. Empezó el paseo aburrido de la “imaginarias”. Pablo recordó aquel día, ya lejano, en que salió de la hacienda, las esposas en las muñecas, arreado por el guardia como un bestia. Pensó en aquella su subitánea iluminación que le llenó el pensamiento: si, así había vivido él, arreado, como una bestia; así vivían todos aquellos hombres, movidos a campanazos, como rebaño por la esquila; así quizá, forzados como bestias al trabajo impiadoso, vivían los hombres… Los hombres no. Algunos. Los muchos. Los más. Y Pablo, el manso Pablo pensó que no habría sido arreado por los caminos, si no hubiese habido un guardia que lo arrease; que no estaría aquel rebaño allí, ordenado a la campana, como rebaño a cencerro, si no hubiera cárcel; que no habría muchos hombres, tantos hombres, tratados como bestias, si no hubiera también unos pocos de hombres sin otro pudor que el que se le puede sacar a las mejillas abofeteadas. Abofetearlos. Pablo sintió un anhelo infantil de tener cerca al guardia del pueblo para cruzarle el rostro, o tener una gran tea – ¡ah, si el mar cercano fuera de gasolina!– para prender fuego a la cárcel, o de ser fuerte, como un dios, y acabar con todos los déspotas bajo el firmamento. Una campanada le sacó de sus meditaciones. Era su última campanada, la campanada de su libertad. Amanecía.

El campo, bajo el sol, amarillaba. Era un mediodía caliente, de junio. En los cercados Pablo oyó relinchar los caballos. Sudando bajo el peso de la

caminata, trabajando por los malos alimentos, extenuado por la costumbre perdida, Pablo, “El Cumplido”, llegó a su barrio nativo.

Hasta aquí todo había ido bien. La libertad se le tendió frente a la cárcel, como un camino único a la felicidad, hacia el amor, hacia el trabajo honrado que da paz a las consciencias. En el pueblo ni repararon en él. Por el camino salieron los perros, como a desconocido. El pasado le jugó una mala treta resucitando en “La Chorrera”. Pasó de largo, repentinamente abochornado. Llegó a la loma pechuda desde cuyo cimero matojo se apunta el techo de la hacienda originaria. Bajó casi corriendo la cuesta, los pies volando sobre la tosca caliente. Cruzó frente al jardín frontero, por entre madreselvas y trinitarias, alzó una noche los ojos al cielo y recordó el cuento de su abuela. Se dobló entre los alambres para ir a su casita. Por un retazo de tolerancias cobrado a muchos sudores se había a su “doña” seguir allí con sus hijos. Pablo llegó, jadeante.

En la puerta la chiquitina, estirada en dos años, corrió a esconderse miedosa del desconocido. El chico, ya muchachón, le echó los brazos al cuello. La mujer andaba por la joya. Pablo se secó el sudor. Le dio unas golosinas a los muchachos, y se tiró por la vereda, que conduce a la quebrada. Entre los arbustos saltaba el alboroto rítmico de la corriente. El monte repetía el golpe de la paleta sobre la ropa. Pablo llegó a tres metros de la mujer sin que ésta lo viese. En cuclillas sobre la laja negra, el pelo alborotado, sudando fuerte sobre sus palideces casi verdosas, flácidos los senos bajo la blusa bastante sucia, descalza, no era en verdad la diosa de la belleza. Pero Pablo la vio como la vio una tarde bajo el flamboyán florecido: una tarde de tentaciones en que la juventud triunfó sobre el catecismo y el cura, y la muchacha se le ofreció, golosa la boca, palpitante el seno virgen, caliente la carne estremecida por el paroxismo del amor. Pablo se acercó a ella. Los besos puros del amor verdadero los unieron, sedosos. Hablaron cerca, muy cerca el uno del otro. Lentamente fue enturbiando el deseo la placidez de los besos puros. Y en un momento, las ansias frenadas por la honradez y por el presidio se desbocaron sobre sus cuerpos. Y de espalda a las necedades de la civilización y la cultura se amaron bajo los árboles. Fueron el hombre y la mujer, otra vez, –como el mito bíblico, rompiendo el amor en el amanecer del mundo.

Un día para Pablo del ture a la meseta, de la cocina al aposento. Pasa otro día. Otro día Pablo lo teje de aburrimiento, y piensa que va para largo el estambre. Recuerda que, en el penal, rehusó aprender a tejer, como que le parecía oficio de hembra. Ahora se arrepiente. Sí, por lo menos, pudiera hacer sus correas. El mismo amo que como pillo lo desprecia y como ladrón le niega trabajo, le compraría alguna. Pero Pablo no tiene más que el mocho, que sirve para los trabajos rudos de la hacienda, y para matar, a veces.

Se ha hecho popular, como nunca lo fue antes, en todo el barrio. Las mujeres lo utilizan como “cuco”. Los niños lo miran, aterrados.

Y casi no es para menos. Pablo, acorralado por la hostilidad, endurecido por el penal, ha tomado una mirada fiera, una boca amarga que mastica su propio bigote. Está agrio, el hombre, como naranja. Fama de ladrón tiene, y viene del presidio. Los hombres temen a la cárcel, más que por lo que materialmente representa en privaciones, en trabajos antes no ejercidos, en durezas bastardas, en espíritu de duplicidad y en cobardía vestida de crueldades, por el temor inmanente a lo desconocido. La cárcel es un misterio, uno de los tantos fantasmas con que el hombre tropieza en la vida, y se disipa, como un fantasma, cuando se camina sobre él. El hombre viene del misterio, y gravita, fatalmente hacia el misterio. Untado con ese respeto, entreverado de la inconsciente envidia que inspiran los que han disipado un fantasma, Pablo mismo comenzó a envanecerse de ello. Y fue un domingo, mientras dos gallos hacían en el aire una cruz de espuelas homicidas que Pablo se puso la interjección más gorda en los labios, y sacó a colación su identidad de veterano del presidio. Más tarde tropezó con el mayordomo, que le sacó el bulto. Pablo iba, sin saberlo, hacia una desvalorización de las jerarquías campesinas.

Pero lo cincharon por hambre. Para Pablo no había trabajo. Una esperanza, sin embargo, le filtraba el corazón de la mujer, hacia la otañada venidera. Con los aguaceros de agosto vendrían los primeros granos. ¡Si hubiera visto él las florecidas de la primavera! Sábana blanca o velo de novia parecía los cafetales. Después le ha hecho buen tiempo: ni mucho sol, ni mucha lluvia. No hay más que ver como están cargados de verdes pantallas las orillas de los cafetales. Luego habrán de faltar

brazos. De las bajaduras no sube ya tanta gente tras el olor de los cafetos paridos. Podrá entrar de nuevo en el cafetal: después se le dejará por costumbre. Pablo se mordía los bigotes en un silencio subterráneamente rumoreado por la cólera.

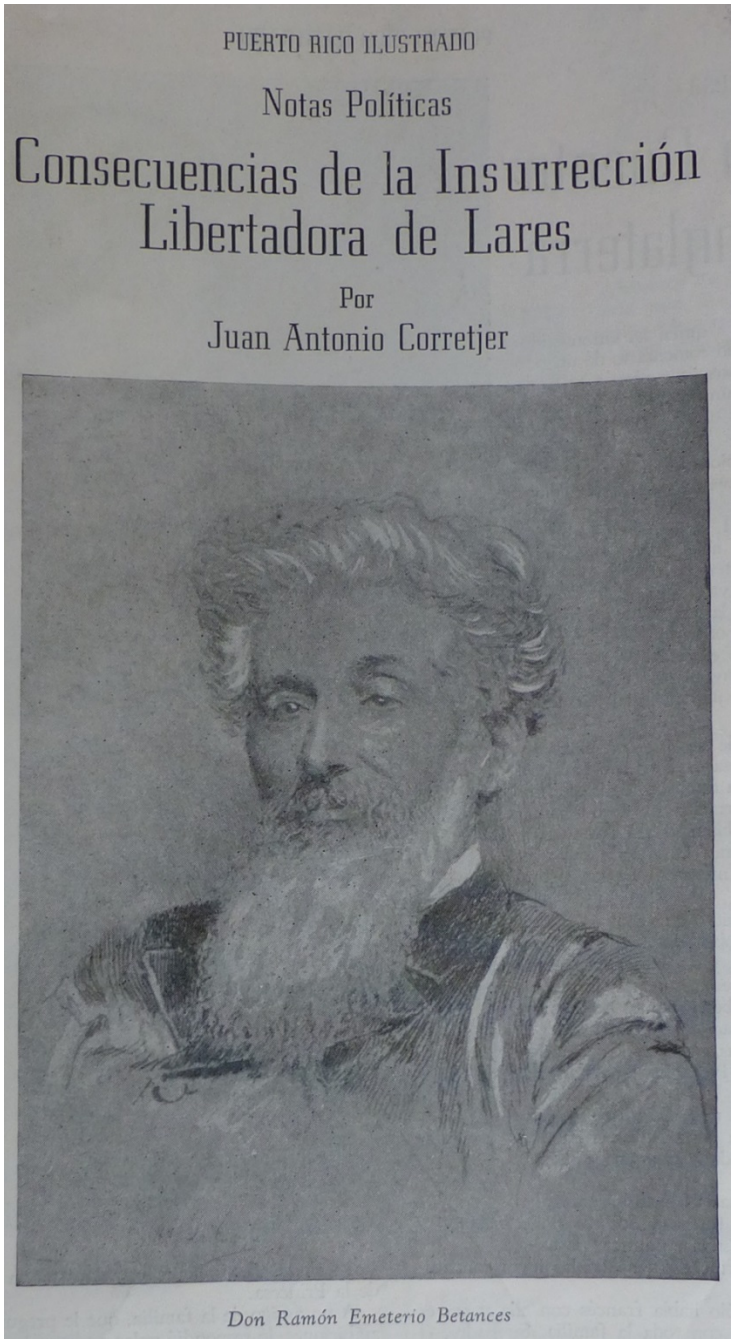
Y llegó la cosecha. Caía la llovizna leve sobre el campo. Mañana sin sol, caminos intransitables, balseros mojados bajo los árboles. Sacos usados como capuchas. Cantos bajo la lluvia en el cafetal. Los arbustos exhiben, por las orillas de los caminos o de los cercados, sus muestras de frutos maduros. Pablo está recostado sobre un espeque de la alambrada, bajo la lluvia. El amo ha sido inflexible. Él no quiere pillos en su estancia. Si ha tolerado su vecindad es por compasión a la familia. Pero con lo que la mujer y el hijo ganen en la cosecha ya pueden ir buscando agrego por otra parte. Pablo piensa en el silencio, y se resuelve a otra tentativa. Cerca de las máquinas, la dureza del amo el capataz se atreve con Pablo. ¿A dónde va él, pedazo de pillo, grillete de presidio, ratón de bartolina? No hubo sol para reflejarse en la hoja filosa de la daga. Fue un tajo ciego, mortal. La hoja penetró hasta la quijada, por encima de la oreja.

Otra vez fue Pablo hacia la huida. Prófugo de la justicia, esta vez con plena consciencia de ello, Pablo no atendió ahora el reclamo sentimental de la familia. Sólo lamentó, en la precipitación de la huida, haber tenido que mochar la rama habiendo podido talar el tronco.

Estaba flojo todavía Pablo en la práctica efectiva de las soluciones. Bien se pudo lamentar con otro dicho jíbaro, menos poético, pero más certero: la calentura no está en la sábana.

Juan ANTONIO CORRETJER

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado



PUERTO RICO ILUSTRADO

Notas Políticas

Consecuencias de la Insurrección Libertadora de Lares

Por

Juan Antonio Corretjer

Don Ramón Emeterio Betances

<u>4to artículo</u> - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 16 de enero de 1937

<u>Tema</u>: Sobre el Grito de Lares de 1868

El grito de Independencia dado en las alturas genésicas de Lares, en la noche y madrugada del 23 al 24 de setiembre de 1868, es, no cabe duda, nuestra primera gesta histórica, porque en ella se reúnen, al épico heroísmo de que los puertorriqueños dan fe en sus trescientos años de gestación nacional bajo la bandera española, factores decisivos para la historia patria, tales cuales fueron la intención política que revierte las armas puertorriqueñas contra las de la metrópoli en una intentona libertadora, y la proclamación de la República que hace de esa fecha el natalicio de la patria libre, inicial para la cuenta patriótica de los días y años de nuestra vida nacional.

Razones eminentemente de carácter de dominación política quisieron –en tesoneros esfuerzos dignos de mejor causa– ocultar la magna gesta de nuestra libertad ante los ojos de las generaciones que le sucedieron en el disfrute del territorio nacional. La fuerza incontrastable de los hechos heroicos se ha impuesto definitivamente, siendo Lares objeto de una emocionada revisión histórica y sus invictos héroes legados al amor de las más nobles conciencias de nuestra patria.

Cupo al que éstas líneas escribe, el honor de ser el firmante –como Secretario del Partido Nacionalista de la Proclama de la Junta Nacional invitando a la nación para la Primera Peregrinación Patriótica a Lares, el 23 de setiembre de 1930. En aquella Proclama, aprobada por la Junta Nacional, y escrita por el Dr. Albizu Campos, se acuñó una frase pensada "con destino ilustre": "La revolución para hacer la independencia de la patria no ha fracasado nunca". En estos párrafos pretende probarse la certeza de esas palabras.

Como en los años que mediaron entre el glorioso hecho lareño y la citada Proclama una cantidad abundosa de literatura a la soldada del régimen, se dedicó a amontonar desfachatez y ridículo sobre tan magno acontecimiento, y, del otro lado, un independentismo derrotista miró hacia Lares con una lágrima temblorosa en los vidriados ojos, convocaremos antes de seguir adelante una importantísima cita histórica que arroja al suelo toda falsedad y también todo sentimentalismo.

El historiador cubano don José De Perignat, hijo, ha publicado un ensayo histórico sobre la insurrección de Lares, titulado "*Por qué fracasó la revolución de Lares en Puerto Rico*". (1) (El historiador usa el verbo

"fracasó" ajustado aisladamente al hecho de armas.) El señor De Perignat es hijo del Comandante del Ejército español, don José De Perignat, quien en los días de la revolución libertadora de Lares desempeñaba el cargo de alcalde Corregidor de Cabo Rojo. El hijo heredó del padre un cuaderno de notas sobre tales acontecimientos y sobre esas notas ha levantado su trabajo. Si recordamos que el señor De Perignat tomó activa parte como gobierno en esos históricos acontecimientos, y si recordamos aún más, que era Cabo Rojo no solo la cuna del más ilustre de los puertorriqueños, animador de la revolución, el doctor Ramón Emeterio Betances, sino que también el punto de costa borinqueña más cercano a las costas dominicanas –de donde debía partir el contingente con las armas– veremos toda la importancia que ese cuaderno debe revestir. Orillado el hecho de que el apuntador es un militar español, con más de una razón para no querer bien al famoso caborrojeño, como consta en la obra de Bonafoux, (2) el trabajo del señor Perignat es indispensable para el aclaramiento de esa página heroica de la independencia antillana.

Copio a continuación algunas aseveraciones del señor De Perignat que dan medida entera de lo que el gobierno de la metrópoli pensó de la revolución de Lares:

"Esta rebeldía armada puesta en ridículo injustamente por muchos comentaristas, fue, sin duda, mucho más importante de lo que hasta ahora ha venido creyéndose. Al autor de estas líneas le basta un ligero examen de las notas y relatos de su difunto padre, y su consiguiente cotejo con cuanto se ha escrito y fantaseado al respecto, para persuadirse de muchos errores, omisiones y alteraciones que, al publicarse con visos de verismo histórico, no tan sólo lo han embrollado el proceso con falsedades que desorientan al investigador de buena fe, sino que le hacen punto menos que imposible diferenciar lo falso de lo verdadero. De ahí el que aparezca como una simple algarada sin preparación ni importancia lo que en realidad era la inicial de un plan de grande y positiva envergadura; vastísimo proyecto que necesitaba, ante todo y sobre todo la independencia de Puerto Rico ya que lo que se trataba de construir un robusto cuerpo nacional con todas las grandes y pequeñas Antillas del mas Caribe bajo la protección de Méjico y Venezuela, y centrado, naturalmente, el poder en la Habana. *Sin un Puerto Rico totalmente libre, --escribía Morales Lemus al doctor Betances, –es*

inútil todo intento armado. Con España en Puerto Rico no hay federación posible".

Resulta, pues, infantil, negar que el movimiento del 68 en Puerto Rico fue detenida y cuidadosamente estudiado desde el exterior y durante años por el doctor Betances y el abogado Ruiz Belvis, quienes, en relaciones estrechas e íntima inteligencia con los dominicanos, Cabral, Macias, Pujol, Lacrambe, y el exministro de guerra Domingo del Monte; los cubanos Céspedes, Quesada Morales Lemus, García, etc.; los venezolanos M. González, Luengo. Cabrera, Rojas, etc.; los mejicanos General Quesada y Coronel Fonseca; los norteamericanos A. G. Fisher, 0'Brien, 0'Ryan, Brookman, Terry más los significados puertorriqueños Romero, Blanco, Acosta, Goyco, Quiñones, Padial y otros varios que harían interminable la lista, tuvieron a bien, visto lo favorable de las circunstancias, fijar la fecha del 29 de septiembre de 1868 para llevar a cabo la revolución, el alzamiento armado y simultaneo de los nacionalistas en los pueblos y haciendas próximos al macizo orográfico de nombre Silla de Calderón. Betances y Ruiz Belvis eligieron esa fecha con pleno conocimiento de lo que se preparaba en España; pues ya sabían que en Cádiz se había sublevado la marina de guerra al mando de Topete, y que éste y Prim habían desembarcado en la plaza con todas las fuerzas sublevadas. El movimiento contra doña Isabel estaba ya en marcha y en Nueva York un periódico aseguraba que la familia Real había sido apresada y que la Reina Isabel habla abdicado. Estos rumores circulaban el 24 de setiembre y el 30 del mismo mes la familia real salía de San Sebastián rumbo a Francia.

Además de todo este conjunto de circunstancias favorables, sabía Betances que el estallido revolucionario en Cuba no se haría esperar; y como ya tenía todo preparado y daba por hecho su fácil arribo a la costa puertorriqueña con las armas y equipos comprados por la Junta en Nueva York, en un banquete que se celebró en las afueras de la capital dominicana brindó por el próximo nacimiento de dos repúblicas: la española y la puertorriqueña. A este banquete asistieron los agentes Fisher y Terry, los cuales aseguraban que el armamento era de mejor calidad que el de las fuerzas españolas de guarnición en Puerto Rico y suficiente para equipar a diez guerrillas de 500 hombres cada una.

En una de sus notas el Comandante Perignat consigna los juicios que siguen:

"…de haber podido Betances desembarcar en persona con el alijo de material guerrero que logró reunir en la isla vecina, los resultados de la revolución hubiesen sido muy distintos"…

En otra dice:

"Por más que algunos escritores puertorriqueños han tratado en forma despectiva la intentona de Lares, presentándola como una algarada sin importancia y ayuna de significación, todos cuantos intervinimos en ella y conocimos a sus principales actores seguiremos concediéndole toda la que en realidad tuvo; tanto atendiendo a la idea central y fines perseguidos como como a los factores participantes de su organización. El malogrado Pérez Moris, mi amigo inolvidable, victima que fue de su sincero y fogoso españolismo, no pudo decir muchas cosas en su interesante libro por propio decoro y respeto piadoso a varios significados políticos de Madrid. Pero si cuanto sabía y ocultó por patriotismo encerraba verdadera gravedad mucho más serias, mucho más vergonzosas eran las que ignoraba".

"Cuando en cumplimiento de órdenes precisas del gobernador fui a Ponce y retiré de la causa varios documentos de prueba contra significadísimas personalidades isleñas, Pérez Moris solicitó de la Secretaria General un permiso para verlos y le fue negado. Recurrió a mi entonces, y como hombre culto y conocedor del ambiente y de ml condición de militar, reaccionó pronto ante ml actitud de sorpresa. Nuestras relaciones se enfriaron bastante; pero años después, al regresar yo de Cuba, me visitó en el hotel Universo y reanudamos la amistad con un fuerte abrazo".

La intercalación de las notas que anteceden tiene por objeto demostrar que el más completo y mejor documentado de los cronistas del 68 en Puerto Rico, no pudo, por patriotismo, decir todo lo que sabía.

Las consecuencias de tan notable acontecimiento proyectáronse seguidamente sobre Puerto Rico. El heroísmo es de beneficio inmediato para los compatriotas de los héroes, y así vieron los puertorriqueños cómo se derramó sobre ellos el bien de un brusco cambio de la metrópoli respecto a la isla antillana. Una época de tolerancia política

inicióse allí mismo, época sólo interrumpida por la bárbara represalia conocida por “El Componte” –represalia cuya verdadera razón dejaremos explicada próximamente– Los capturados con las armas en mano fueron indultados poco tiempo después de la insurrección. La revolución de Lares, asimismo, es la madre directa de la Abolición de la Esclavitud de los negros, concedida por España escasamente dos años más tarde, el 22 de marzo de 1873. Tan cierto es esto que Blanco apunta la abolición de la esclavitud en el 23 de septiembre de 1868. (3) Por la cadena del insurreccionismo, eventual, pero sistemático, que nació en Lares, se llegó a la Carta Autonómica, cuya cesión vicia de nulidad el Tratado de Paris, en cuyo nombre pretende legalizar su intervención el gobierno de Estados Unidos de Norte América. (4) Hay más. En Lares ha encontrado el Partido Nacionalista su respaldo histórico, en cuya continuidad espiritual ha podido plantear el caso de Puerto Rico ante los puertorriqueños y ante el mundo.

Tuvo, sin embargo, Lares, sus malas consecuencias para la causa separatista. Ese mismo cambio de política hacia una benevolente tolerancia habría de debilitar la oposición. Un hecho, más que ninguno, dio un golpe muy rudo al Nacionalismo: la disolución de las milicias, la desmilitarización de Puerto Rico, y la sustitución de las valientes y bien organizadas milicias puertorriqueñas por institutos armados sin responsabilidad, tal los cuerpos llamados de "voluntarios”, en cuyas filas ningún criollo que se estimase entró jamás. Así se obtuvo una generación inmediata ignorante ya del uso de las armas, sin cuya técnica se ha hecho más difícil la guerra libertadora. Añádase a esto que la guarnición regular española fue aumentada notablemente, convirtiendo a Puerto Rico en Cuartel General de España en América.

Además, el supuesto de Betances y Ruiz Belvis sobre el subsiguiente estallido revolucionario en Cuba, se hizo bueno diecisiete días más tarde que la Proclamación de República en Lares. El 10 de octubre, Carlos Manuel Céspedes dio el grito de independencia en Yara. Rompiendo dificultades, y con mejores recursos, la guerra libertadora se sostuvo Cuba. Derrotados momentáneamente en Puerto Rico, los nacionalistas comenzaron a emigrar. El éxodo del personal y el capital nacionalista se dirigió a la manigua ardida de Cuba. Su peso en el balance libertador de la, Gran Antilla hermana lo hemos fijado en artículos anteriores, como verdaderamente decisivo. Pero para la causa libertadora de Puerto Rico

fue un descabezamiento, cuyas consecuencias comenzamos a pagar el 25 de julio de 1898, sin que se haya todavía saldado la cuenta.

Este descabezamiento, añadido a la obligación de torcer de la lucha abierta hacia la conspiración, desarrolló un espíritu de duplicidad en nuestra política, que en su descenso de las figuras enteras de los primeros años hacia menos escrupulosos directores, ha hecho todo el daño a nuestra patria que todos conocemos. Igualmente, entregó6 el movimiento a sociedades secretas, masónicas, directamente americanizantes, que fueron haciendo el cambio moral a la invasión yanqui. (5)

Juan ANTONIO CORRETEJER

Notas del autor:

(1) Carteles de la Habana, noviembre 22 de 1936

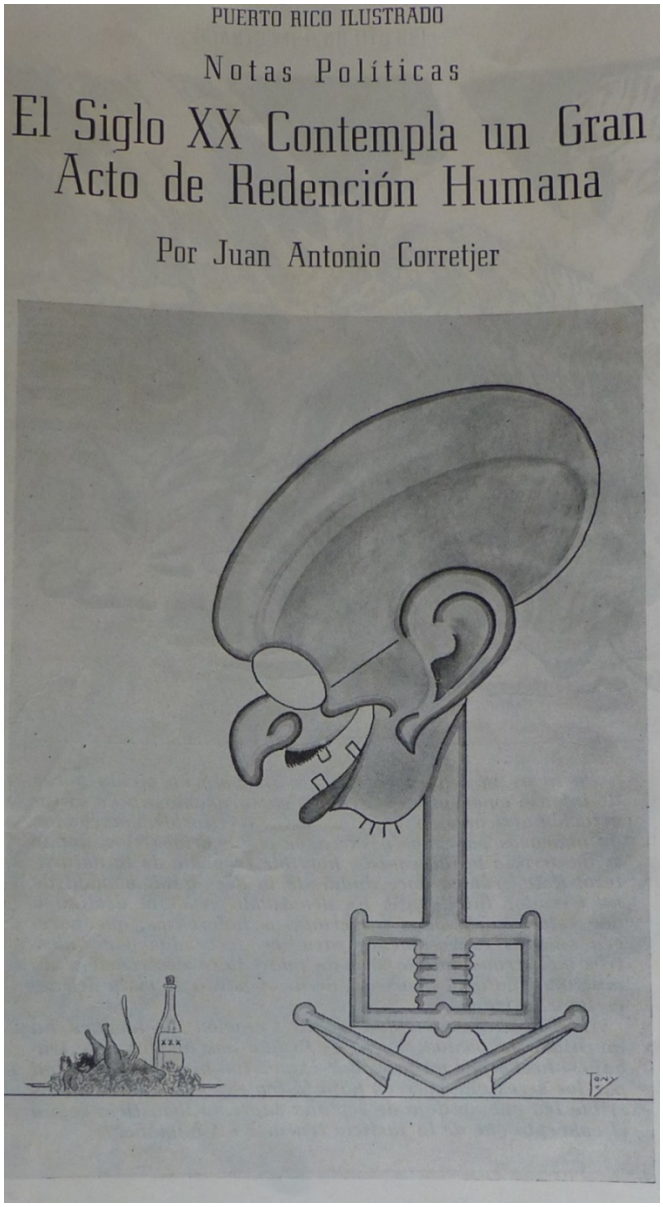
(2) Betances, por Luis Bonafoux

(3) Prontuario Histórico, por Tomás Blanco

(4) Alegato ante el Tribunal Supremo de Estados Unidos en el caso de Luis F. Velázquez, por Pedro Albizu Campos,

(5) Anuario de la Logia América, de Santurce, 1936. Véase el trabajo de Rafael del Valle.

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado



MAHATMA MOHANDOS KARAMCHAD GANDHI, asceta nacionalista indostano, caudillo del movimiento emancipador que tiende a libertar a los 351,000,000 de hindúes del régimen de Gran Bretaña, visto por nuestro compañero Tony Villamil

5to artículo - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 22 de enero de 1937

Tema: Sobre la abolición de la "intocabilidad" en la India en diciembre de 1936

El Siglo XX ha servido muchos desengaños. Sus años iniciales prometieron mucho. La guerra, la post-guerra, defraudaron toda esperanza. Quítese de por medio la Revolución Rusa. El balance de sus tres decenios y los cinco años de su cuarto, no brinda el oasis de un pasajero bien. Hierve Europa en una orgia de dictaduras. "Se asesinan los hombres en el extremo Este". América, socavada por el imperialismo, bambolea como un borracho en el precario desequilibrio. Puerto Rico mismo es un hito. Un hito amargo y sangriento.

Sin embargo, al siglo XX, el siglo de las decepciones, le ha cabido en suerte contemplar un gran acto de redención humana. Ha sido la dicha suprema del año recién fenecido. Ese trascendental acontecimiento ha ocurrido hace muy poco. Sucedió en diciembre de 1936. A mediados del mes lo reveló a la alegría de los hombres honrados la Prensa internacional. En Puerto Rico nada se ha dicho. Ni una sola palabra en ningún periódico, ni por pluma nativa ni por nueva lejana. Silencio. Un silencio que no es síntoma. Es comprobación millonaria de la ley de causa y efecto. Es efecto.

Y hay que pensar que ese acto alcanza directamente a dos millones de seres humanos, y cubre mediatamente el bienestar, la felicidad, el derecho a la vida de sesenta millones de seres humanos, por más de una razón, hermanos nuestros.

La amenaza del choque bélico en Europa, la controversia de las bifurcaciones del marxismo en función política –comunismo, fascismo, social democracia– la ofensiva armada de los imperialismos de tipo capitalista, el agotamiento mismo de una táctica pacifista que a la larga no podía conducir a otra parte, ha hecho al mundo olvidarse de la India. La misteriosa península asiática ha recobrado su crédito de mutismo fantástico. La lucha nacionalista parece sufrir un colapso. Gandhi mismo, el apóstol de la libertad, hace un mutis prolongado de tipo de imprenta. ¿Qué sucede?

Y cuando menos se espera la Prensa internacional nos trae la amorosa noticia. Hay que haber sufrido por la libertad para medir en el corazón de un hombre el júbilo de nueva de tal índole: "*De un plumazo, en el vigesimoquinto año de su nacimiento, el Maharah de Travancore, rompiendo*

toda tradición de siglos y siglos, ha abolido la "intocabilidad" en su principado".

La profunda revolución social que ese decreto significa está planteada formalmente al autorizar a los "intocables" a entrar y orar en los templos. La deducción es inmediata. Si desde el punto de vista religioso, dominante en la vida hindú, el supremo acto del hombre es el de su comunicación con el Ser Supremo por medio de la oración, y si se otorga a quien antes no tuvo derecho alguno, el derecho de la adoración divina en comunidad con quienes antes fueron dueños de todos los derechos, paralelamente el recién inaugurado en la vida de ese derecho entra de lleno en el disfrute de todos los derechos. No importa que de momento haya resentimientos. El derecho se universaliza.

¿Quiénes son los Intocables?

Los "intocables", aun cuando hindúes por nacimiento, y como tal clasificados, han sido mantenidos a respetable distancia por las castas aristocráticas y dominantes de la India. Les ha estado absolutamente prohibida toda convivencia con personas que no perteneciese a su propia clase. Hay más. Sus dominantes les han prohibido acercarse a las fuentes, baños, escuelas, edificios públicos, adonde ellos se solazan o educan.

La implacable ortodoxia hindú imperante sostiene la teoría de que la mera presencia de un “intocable” en el templo ofende a los dioses. Su sola cercanía infecta el ambiente. A los niños se les educa a que su contacto es mortal para el alma y para el cuerpo: por eso se les llama "intocables". La ortodoxia sostiene que los "intocables" purgan en la tierra, a través de una reencarnación, los pecados cometidos en otra anterior encarnación. Los dioses los condenan a vivir el infierno en la tierra. Ellos, los poderosos, han de colaborar con los dioses haciéndoles la vida un infierno.

¿Qué delito, en verdad han cometido los "intocables"? El delito terrible de todos los pobres de la tierra, ser pobres. Sin embargo, ante este feroz y estúpido prejuicio de casta hombres de la talla espiritual de Gandhi han podido hacer casa nada. En plena convención nacionalista Gandhi ha tenido que arrodillarse y orar junto con cuatro “intocables” para provocar, más que una conmoción, una tormenta de reacción.

¡Grande hombre, Gandhi, luchando con tal pueblo frente al inmisericorde imperialismo británico.

Una nueva táctica

El mundo marcha, y no en vano. Gandhi, el santo de oriente, ha hecho de su vida un apostolado de redención humana. El sentido, profundamente revolucionario de su obra a escapado a muchos. Una lectura consciente de las intensidades de su vida, descritas por Romain Rolland, un examen de su "Joven India", la emocionante sesión de la corte que le condenó a prisión, bastaría para darse cuenta de ello. Mucho más le proporcionaría una comparación de vida con el ambiente en que le ha tocado desarrollarla.

Pero el mundo marcha, y no en vano. Los epígonos se levantan sobre el mismo suelo que sombrean, fecundadores, los maestros. Los "intocables", un millón de veces defendidos por Gandhi, se han dado un nuevo apóstol.

Los sesenta millones de "intocables" de la India pueden pensar ahora en tiempos mejores. No ha sido un paraíso su vida. En regiones de la India tuvieron que anunciar a gritos, o a campanadas, su presencia, para no ofender a los aristócratas. Pero algo ha ocurrido. El hombre surgido de sus filas, que han reconocido como líder, ha sufrido, como ellos las humillaciones más agrias. En ese sentido, completa a Gandhi, que era noble no sólo de corazón sino también de cuna. El doctor Ambedkar, joven hindú de la clase "intocable", educado en América, soportó las humillaciones de su clase al volver a la India. De na valieron su talento, su cultura, sus "luces". Ser "intocable" en la India significa vivir en el infierno; nada importan el talento, ni la virtud, ni la sabiduría, un "intocable" es un "intocable".

Pero Ambedkar no es de los que se rinden a la primera amargura. Frente a frente a tamaño problema el líder se midió a sí mismo, y siguió adelante. Contempló el panorama social y político de su país, y se dispuso a tallar con nueva baraja.

Conocida es la supuesta política de "manos afuera" en las cuestiones internas de la vida hindú asumida por Inglaterra. Su único problema se los crea el Nacionalismo, pero aun así se baña en agua de rosas con la doctrina pacifista de Gandhi. No obstante, cuando, hace algunos años

personajes avanzados de la política hindú presentaron en la legislatura un proyecto abolitivo de la “intocabilidad”, el gobierno británico no escatimó recursos para que fuese derrotado. La “intocabilidad” sirve al Imperio, como inagotable fuente de división y degradación, pero hizo a la India el bien nacionalista de desenmascarar al Imperio en esta trascendental cuestión.

Pero un Marahah, soberano en sus dominios, tiene, no obstante, más poder que el Consejo Legislativo, Y actuando independientemente, y aún más, aprovechando la brecha de esa misma política imperialista de no intervención en las costumbres de la nación, el Maharah de Travancore ha abolido la "intocabilidad" en sus dominios, exactamente en los cuales era quizá más agrio el prejuicio. El hecho adquiere mayor preponderancia cuando ha sido informado que su decreto tiene el visto bueno de sus ministros. ¿Qué ha sucedido?

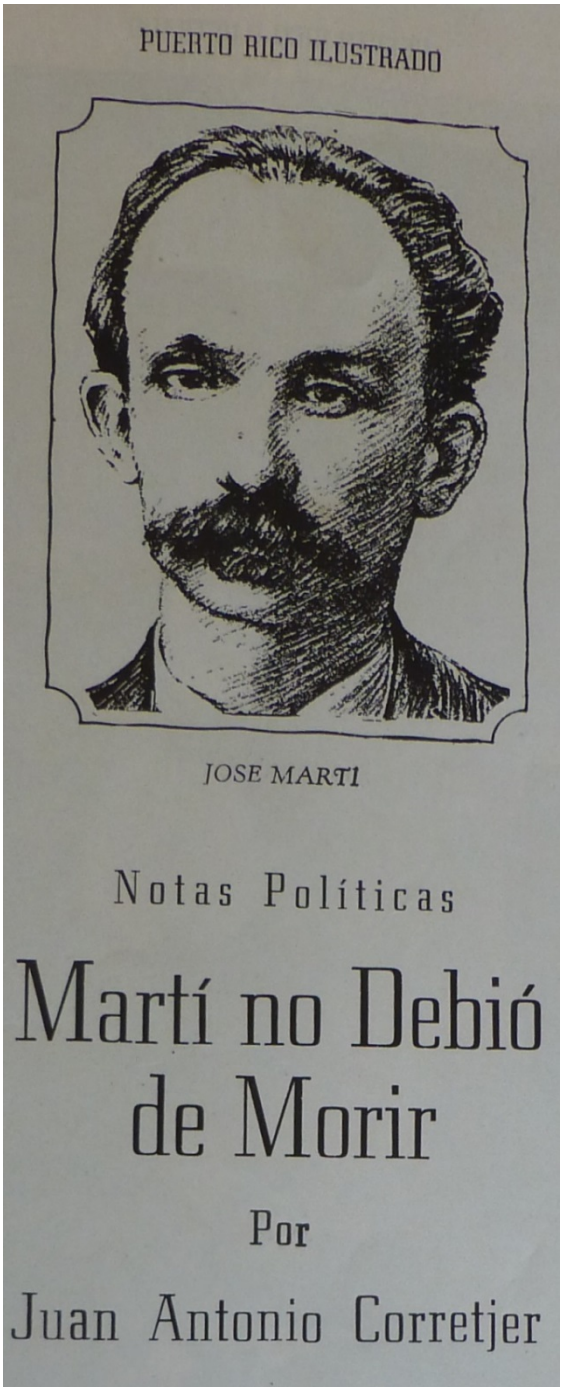
Una mano hábil ha volcado las cosas. Gandhi mismo, al felicitar al joven príncipe, ha declarado que "nada podrá evitar ya que ese noble acto de justicia social pueda ser imitado por todos los príncipes de la India”.

El subsuelo del hecho es interesante. Como dejamos dicho, la humillación de la clase se sustentaba de jugo divino. Pecadores en anterior existencia, los dioses propiciaron su reencarnación para que, durante su vida actual, viviendo el infierno en la tierra, expiasen su culpa. En nombre de los dioses, así, se ejerce esa horrorosa tiranía social. Parece que Ambedkar le comprendió el antídoto. El catolicismo y el mahometanismo habrían de proporcionárselo. Si ambos sustentan doctrinas distintas, si ambos dan un pie regular de igualdad entre sus devotos, ¿no encontraría el "intocable" su felicidad apartándose del hinduismo mediante conversión a la otra fe? El argumento hizo efecto. Las conversiones comenzaron a menudear. La clase dominante hindú, encabezada por los brahmanes, contempló el advenimiento de un día futuro en que su mortal enemigo, el mahometano, se le iba a enfrentar de igual a igual, con la ventaja de su militarización, de su agresividad y de su brío. Los ingleses por su cuenta, sabiendo que la gran masa "intocable", iluminada por el catolicismo, o estremecida por Mahoma, engrosaría el grupo militar de los nacionalistas mahometanos, se han hecho la vista larga siempre conviniéndole más la inercia subjetivista del hinduismo, que la briosa objetividad del cristianismo o la feroz agresividad mahometana. Y así ha podido suceder esta verdadera

revolución social, más honda que la revolución democrática francesa, más honda que la abolición de la esclavitud en América, más honda que la revolución proletaria en Rusia.

Juan ANTONIO CORRETJER

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado



<u>6to artículo</u> - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 30 de enero de 1937

<u>Tema</u>: -Sobre las consecuencias de la temprana muerte de José Martí

¿Por qué murió José Martí en Dos Ríos? La interrogante se abre frecuentemente para todo ejecutante, para todo estudioso, y aun para todo simple interesado en el desenvolvimiento histórico de las Grandes Antillas. Antes, cuando la ola de heroísmo y de sentimental expiación cruzó el alma de los revolucionarios antillanos, la grandeza de la pérdida imponderable se levantó en la rotunda afirmación que encabeza estas líneas, y un trovero cubano la llevó al pentagrama nacional en la inolvidable habanera que la tiene por pie. Ahora, tendiendo la mirada angustiosa hacia los cuarenta y tantos años transcurridos desde el día fatal en que el Delegado del Partido Revolucionario remató, con la ofrenda postrera, el edificio moral de su existencia, todos comprendemos el sentido, de verdades trágicas en cinta, que aquella afirmación entrañaba.

¿Por qué murió José Martí en Dos Ríos? La respuesta se hace difícil aun en la comparación de las respuestas que, al hacérselas, se dan los mismos martianos. Fatalidad, ubicación en el camino preciso, que desemboca a donde únicamente puede desembocar; inevitabilidad de espera allí donde una bala enemiga sin precisa dirección marcada había de tronchar aquel aliento prócer, invoca Hernández Catá en su admirable "Mitología". ¿Tentación de su hora? Se pregunta Jorge Mañach en su "Martí, el Apóstol". Y añade, ¿dolor todavía de aquella insinuación antigua que lee enseñaba a las vanguardias como un nuevo capitán araña? Quizá vocación de apostolado y voluntad de sufrimiento, pensamos; quizá remordimiento bondadoso de ver los hombres morir sin él exponer su vida: *"Yo evoqué la guerra", escribe a don Federico Henríquez y Carvajal, en carta escrita ya a punto de partir para la manigua guerrera, "mi deber empieza con ella en vez de acabar"*. Quizá rendimiento decoroso a una antigua ofensa, quizá fatalidad. Pero hay una verdad inconcusa: que José Martí, como escribió el músico cubano, no debió de morir en Dos Ríos.

Se ha dicho que la caída de Martí, al provocar la fruición entre los dispersos grupos cubanos, antillanos, y al desmentir la doble falsificación martiana que, de un lado, hacía aparecer al gran tribuno como un inofensivo iluso –*"¡se había cultivado con tanto mimo"*, dice Mañach, *"la idea de un Martí poeta, romántico…"*– y del otro –¡ah la canalla de todos los tiempos!– lo presentaba como un criminal

embaucador de incautos, vividor de ajenos pedidos, demagogo vulgar premiado malamente con el don de la palabra– hizo posible la independencia cubana. Pero a la luz de la crítica histórica tal afirmación cae de lleno en el error, que es, ciertamente, la mayor frecuencia de los hombres.

Al preguntar por qué murió Martí en Dos Ríos es necesario inquirir, más que las accidentales circunstancias que propiciaron el trágico desenlace, las razones de amor ideal que lo condujeron de la mano al campo de batalla. Un somero examen de esas razones basta para hacernos arribar a la conclusión lógica de que Martí no debió de morir el 19 de mayo de 1895, en Dos Ríos.

Un martiano de la extrema izquierda, –Juan Marinello– ha escrito, que por unas de esas ironías del destino histórico, la obra a la cual Martí dedicó todas sus energías, todo su talento verdaderamente genial, todo su corazón de santo laico, todo su intenso y extenso laboreo que cubre su vida toda, sirvió equivocadamente después contra la obra misma que se propuso hacer.

En la iniciación de su carrera de dirigente revolucionario vémosle andar de enojos con todos los jefes militares de la Revolución. En ello Martí se lo jugaba todo. Su pasada gloria de inocente perseguido y de adolescente condenado y desterrado no le basta para enfrentarse con los héroes de la epopeya de los Diez Años. A las muchedumbres las cautiva y deslumbra más el relámpago y el trueno que la paciente labor fecundadora de los aluviones. Pero Martí, demócrata de entraña, ve a lo claro que la guerra de la independencia no podía ser obra del caudillismo, pues necesitaba ella otra cohesión más fuerte que el arrastre de una espada, y no quería el que se entrara en la república con el vicio mandón del sable y de la espuela. Pero muere en Dos Ríos, luego de desencadenar contra España la última guerra de independencia cubana, ¿Y qué sucede? Son los civiles los que se olvidan del contenido democrático que el gran animador había dado a la Revolución, y son los civiles los que propician –en nombre de un falso antimilitarismo– la creación en Cuba de un ejército mercenario de consecuencias nefastas.

Quiere Martí hacer la guerra de Cuba, y con ella la independencia de la Gran Antilla, libre de extrañas norteamericanizantes colindancias e intromisiones; quiere ver por el propio esfuerzo, dolor y heroísmo de los

cubanos constituida la nueva república, y al morir temprana e inoportunamente en Dos Ríos, recae la dirección de la Revolución en las manos de Tomas Estrada Palma, “hombre de hogar y de escuela", como le llama Roig de Leuchsenring, falto de la visión del estadista y de los quilates del patriota puro, obediente a las maniobras de la cancillería de Washington, inaugurador del manejo yanqui a la revolución cubana, e iniciador en Cuba de la puerta abierta a las intervenciones armadas y económicas de Estados Unidos en la república.

Fue programa vivo y escrito de Martí, como consta repetidamente en su obra, y con meridiana claridad en su carta a Mercado, el mejicano, que todo lo que en su vida hizo fue encaminado al fin único trascendental, antillano, continental y mundial de evitar, con la independencia de Cuba y Puerto Rico, que los Estados Unidos se extendieran por ellas hacia la América Hispana y cayeran con esa nueva fuerza, sobre nuestra América, interrumpiendo así, con el proceso revolucionario libertador de la América Hispana, la creación de un equilibrio propio para nuestras nacionalidades, que al evitarlas el vivir rezagadas al precario del equilibrio de los imperialismos, equilibrase la internacionalidad entre ambas Américas y diese, de una vez, el equilibrio del mundo. Pero la recaída del poder director de la revolución antillana en las manos de Tomas Estrada Palma, frustró todas las previsiones del maestro de la naciente cubanidad, y relegando al olvido todo el programa antillanista, continental, universal, que había sustentado Martí, Estrada Palma se olvidó de Puerto Rico, y de las nacionalidades hispánicas, y de Cuba, no sólo propiciando la expansión de Estados Unidos hacía las repúblicas del Sur, sino que traicionando el programa, los ideales y la bandera del Partido Revolucionario Cubano, como ha dicho el doctor Roig de Leuchsenring, abandonó Puerto Rico a la voracidad imperialista de Estados Unidos y permitió, con su aceptación moral y de hecho, la mutilación de la soberanía y del territorio nacional cubanos, con la Enmienda de Platt, sentando el precedente moral cuyas fatales consecuencias se cosechan hoy que los gobiernos de Cuba permiten que se mutile y se viole la soberanía y el territorio nacional cubanos mediante la aplicación de hecho de la Enmienda de Platt, después de haber sido técnicamente suprimida.

Hubiérase cumplido el programa libertador de José Martí; hubiérase conseguido detener al imperialismo estadunidense frente a las costas

cubanas, y la experiencia histórica nos propicia el creer que, frustrada la doctrina de la espera paciente jeffersoniana en la evitación de un ataque británico, y retirada España de Cuba y Puerto Rico, una nueva era de felicidad, de prosperidad y de libertad hubiera advenido sobre América, pues las incursiones del imperialismo en las naciones de la América Central no habrían tampoco ocurrido.

Fue "con los pobres de la tierra" con quienes Martí "quiso echar su suerte", y con ellos, que en Cuba era y son los más, como en todas partes, levantar una nación nueva, democrática de entraña y de procedimiento, equitativa en la división de sus deberes y de sus derechos, la república "con todos y para todos". Con los dineros de los obreros de la industria manufacturera en la emigración, armó tres barcos, por lo pronto, y a un cubano Marqués lo unió en una misma empresa noble, con un obrero de color. Sobre Cuba no habría de haber ni ricos ni pobres, ni blancos, ni mulatos, ni negros, sino simplemente cubanos. En marcha iba esta unidad nacional al calor de aquel extraordinario hombre institucional. Pero su desaparición marcó la penetración en Cuba de los prejuicios raciales de Estados Unidos, eje de la brecha nacional cubana, elemento del grano nefasto de la disolución cubana, el mal peor de Cuba contemporánea. ¡Reo de muerte debe ser quien levante ese fantasma en nuestras tierras!

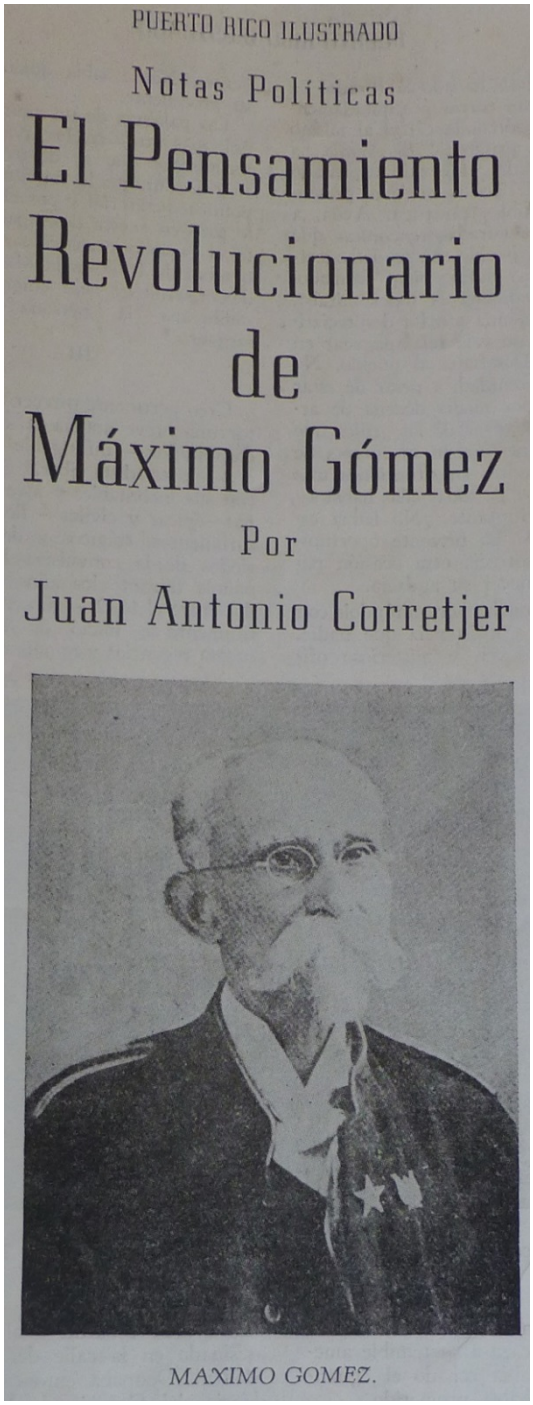
Y mal quedaron, y en aumento, los pobres de Cuba. Huérfanos de su Apóstol, cayó sobre ellos, convirtiéndolos a la miseria, el peso cruel de la explotación inícua, mientras sobre su hermano cubano de mejores bolsillos caía, a su vez, fortalecido por todos los estímulos de la propaganda, el impiadoso tentáculo del Imperialismo extranjero, llevándolo al rasero de la miseria.

Cuba se salvará. Cuba tiene que salvarse. Poe ello hacemos un voto ferviente, y, si, la ocasión vuelve, no dejaremos nunca, como hijo, de darle nuestro tributo. Pero creemos haber probado que tuvo razón el músico cubano: Martí no debió morir. Jamás ha debido morir.

Hoy su gloria crece, día a día, en la infinitud de lo espiritual puro, en la vida eterna. Su tránsito terrenal debió doblarse. Lo exigía el bien de Cuba, el bien de las Antillas, de América y del mundo.

Juan ANTONIO CORRETJER

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado


PUERTO RICO ILUSTRADO

Notas Políticas

El Pensamiento Revolucionario de Máximo Gómez

Por

Juan Antonio Corretjer

MAXIMO GOMEZ.

<u>7mo artículo</u> - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 6 de febrero de 1937

<u>Tema:</u> sobre el pensamiento revolucionario de Máximo Gómez

Cuando hace algunos años leí el libro, “Cuba y Hogar”, editado en Habana, en 1927, por el hijo del Generalísimo del Ejército Libertador de Cuba y Puerto Rico; cuando, más tarde, tuve la ocasión de leer la “Correspondencia de Héroes”, recopilación de cartas cruzadas entre José Martí, Antonio Maceo y Máximo Gómez; y, más, aún, cuando en la Ciudad Primada de América, en uno de los hogares más ilustres del nuevo mundo, escuché, de viva voz de un amigo personal del Generalísimo, los relatos e impresiones personales de ese ilustre dominicano sobre su famosísimo compatriota, comprendí la real grandeza del comandante en Jefe de las tropas libertadoras de las dos Antillas. Hoy, al tener en mis manos el segundo volumen del “Ideario Cubano”, hago gustoso este florilegio del pensamiento revolucionario del ilustre patricio, para mis lectores de estas páginas, dedicadas al constante laboreo por la definitiva unión política de las tres islas madres de Betances, Martí y Máximo Gómez. En ellas podrán ver mis pacientes lectores toda la nobleza que vivía detrás del resplandor de fuego de aquella gloriosa espada.

En el prólogo al segundo volumen del “Ideario”, dice el eminente puertorriqueñista Dr. Emilio Roig de Leuchenring:

“El genio militar de Máximo Gómez; la altísima calidad de sus dotes como caudillo revolucionario; su heroísmo, que por ser atrevido y circunspecto, lo convirtió, cumpliéndose la máxima de Federico el Grande, en general invencible; la epopeya, deslumbradora y magnífica, que fue su vida en nuestras guerras emancipadoras de 1868 y 1895; han dado lugar a que la generación cubana de nuestros días ignore, puede decirse que por completo, otras facetas de su esclarecida personalidad: aquellas, precisamente, que más interesa conocer a los hijos de esta tierra, porque constituyen luminarias esplendorosas que les descubren rutas y les alumbran caminos a seguir para el cabal desenvolvimiento de nuestra personalidad, tanto en lo que se refiere a sus problemas de orden doméstico como a los de índole internacional."

“Aunque Máximo Gómez, por temperamento y carácter, heredero de sus progenitores paternos y maternos, –"nació" –según expresa el general José Miró y Argenter-- "para la guerra, para dirigirla y para mandar a los demás hombres, ya fueran soldados de filas, ya oficiales", y a la carrera de las armas se dedicó desde joven, espontáneamente, en su tierra natal, Santo Domingo, no puede afirmarse de él que fue un militar profesional; sí, un revolucionario, un libertador: el Libertador de Cuba."

En testimonio de ello alineo a continuación los pensamientos suyos que he escogido en la citada obra:

- Las revoluciones jamás se pierden cuando en ellas encarna una idea grande.
- La bandera de la republica a todos cobijara bajo el sagrado principio de unión y fraternidad.
- Frente a la muerte no se puede mentir; hasta allí no se puede llegar sino desnudo de ficciones.
- El medio más seguro de vencer es saber por dónde, cuándo, y cómo viene el enemigo. Procuraremos que de nosotros se ignoren esas tres circunstancias.
- Seamos grandes y valientes en todo y para todo.
- La mano airada del infortunio es la que pone a prueba las virtudes que dan respeto y estimación.
- Hace muchos años que me siento rico, por haber aprendido a saber ser pobre
- Es muy necesario que el revolucionario sea muy tieso.
- El trabajo que corresponde a los separatistas es unificar.
- Ni hacer papelones ni caer en la obscuridad, que ambos extremos son poco envidiables.
- Esas gentes de letras y de espíritus tranquilos y pacíficos no son llamados a la rebelión.
- La guerra está llena de grandes pequeñeces y de pequeñeces asombrosas por sus grandezas.
- De mil modos se le puede servir a la patria. Lo esencial es servirla.
- Las revoluciones ni se asustan ni se exterminan.
- La revolución no puede hacerse la ilusión funesta de dormirse sobre sus laureles.
- El derecho y la razón contra la tiranía no significan nada cuando no son pregonados por la voz de los cañones.
- Las revoluciones no son de un solo punta, ni es una sola su cabeza.
- A las revoluciones, cuando demasiado sensibles y generosas, los pueblos no les cantan himnos como "La Marsellesa" ni les levantan altares como la guillotina. Entonces tal parece que los pueblos no tienen plena consciencia de sus derechos y anda escasa en ellos la dignidad.
- La necesidad: es una madre severa, pero buena. Cuando los pueblos conocen y sienten necesidades el apremio total producido por ellas mismas los conduce irremisiblemente a buscar su satisfacción por la vía más pronta, no importa que sea más o menos cruenta y erizada de sacrificios y de peligros.
- Los revolucionarios llevan en su propio seno grandes recursos.
- Nunca se habrá ido muy lejos en pos de materiales para las obras de regeneración y justicia.

- Interrogad a los recuerdos en escombro de La Bastilla si fueron las manos que usaban guantes las que redujeron a polvo el monstruoso edificio, símbolo de la tiranía y crueldad de una casta privilegiada.
- No se necesita saber si un pueblo tiene armas para pelear, sino si tiene valor para hacerlo y si siente tristeza y amargura en su alma.
- No es indispensable que los hombre usen corbata y sepan llevar levita o chaqueta para que sientan en ciertos en ciertos supremos momentos de la vida sublevarse desde el fondo del alma un sentimiento de dignidad nacional.
- No hay pueblo que no sea capaz de cometer valentías y grandezas en defensa de su tierra, de su nombre y de su honor.
- Los hombres que, no hemos nacido para escribir novelas debemos ejecutar hechos para ayudar a la Historia.
- Cuídate, cuida, y aprende a cuidar
- Así como debes protegerte para el bien sin esperar recompensa, huye como caballo desbocado del mal y verás qué sueño más tranquilo dormirás por la noche.
- Solamente haciendo mucho bien es que el hombre logra atraer al pie de su lecho y al lado de su ataúd mucha gente.
- Fuerza es hacernos necesarios. ¿Cómo? Es muy sencillo: siendo buenos y útiles.
- Morir, no es nada.
- El sueño es la cosa más buena y dulce que se saborea en la vida, después que se ha trabajado mucho y se ha hecho todo el bien que se puede, pero en los niños es lo más encantador; y yo me recuerdo de mis sueños de niño; y por eso lo respeto como la cosa más sagrada del mundo, pues me parece que se comete un crimen despertando a un ángel de su sueño, que es divino.
- Mientras más y más rápido se mueve un hombre será, más hombre.
- Todo el que respete la revolución será respetado por ella. Todo lo que sirva a los enemigos de la revolución será destruido por ella.
- La guerra tiene derecho a mantenerse del país en cuyo bien se hace, y de él se mantendrá, pero condenando la violencia innecesaria y la devastación inútil.
- Las leyes estrictas de neutralidad, bien entendida, no están contrapuestas con las leyes y los deberes humanos.
- La única y mejor de las religiones es la del deber.
- Cuando los hombres sabemos llenar y cumplir las exigencias del deber no solamente ganamos méritos indisputables, en la opinión pública, sino que también nuestra propia conciencia, juez

inexorable, nos llena de alegrías el alma aún en medio de las mayores adversidades de la vida.

- El hombre que no labora desde el umbral de su casa hasta la plaza pública y el salón a donde galantea a la dama, que se retire de entre los hombres y vaya a pedir un sitio entre las bestias.
- Huye como caballo desbocado de la falsedad y de la mentira.
- No siempre es la rapidez alocada garantía de triunfo.
- No hay que tener miedo a las quejas del mundo superficial y tonto.
- Siempre he pensado que no se debe ser sanguinario, pero si revolucionario radical.
- Ninguna obra humana que tiene por base la falsedad y la infamia, puede firme y duradera cimentarse.
- ¡Qué mayor fortuna, ya que de morir se tiene, sino principiar la sagrada labor en la tribuna y concluirla en el campo de batalla! ¡Mayor grandeza no se puede esperar de un hombre!
- El destierro, la prisión, la persecución, la guerra y el infortunio, educan admirablemente.
- Sueño con una ley, que por muy insignificantes retribuciones, declarase, (lo mismo con Puerto Rico cuando fuese libre), que el dominicano fuese cubano en Cuba y viceversa.
- El infortunio hace hermanos.
- Para sacudir la opresión y la barbarie todos los medios y todas las ocasiones son buenos.
- En los tiempos de la Historia del mundo siempre ha sido más chocante, más condenable, la crueldad en las mujeres que en los hombres y sobre todo, después que la naturaleza las ha hecho madres.
- La verdad se escribe con frases tales que es imposible adulterar los conceptos.
- La historia tiene luego sus caprichos; le gusta repetirse.
- Los recursos brotan de nuestra resistencia.
- Las deudas mejores, y las que mejor se pagan, son las impuestas por la gratitud, aparte de la honra, que más cabe a la mano que se extiende para dar el beneficio, que a la mano que lo recibe.
- El sacrificio es tanto más fácil de hacer cuanto que se aproxima al
- triunfo.
- Yo sólo creo en una raza: la humanidad.
- Entiendo que los hombres de juicio y desapasionados no deben ocuparse de sus personalidades. frente a los intereses generales de un país, y que no pueden incurrir en la falta de confundir las formas con el fondo.
- Del enemigo leal, el consejo.

- Creo que en todos los asuntos humanos hay que saber siempre sufrir y esperar sin impaciencias que puedan parecer injustificadas para lograr el bien que uno se propone alcanzar,
- No se confundan las ideas con los principios.
- Es necesario creer que ha llegado la hora de no engañar más a los pueblos.
- El patriotismo bien sentido y bien justificado con el sacrificio tiene el deber y el derecho de señalar sin miedo y sin componendas a los hombres, no más sabios, sino más dignos para que entiendan en los asuntos sagrados de la patria.
- La revolución está en la obligación de entregar el país al país.
- No en vano se codean los hombres honrados, largo tiempo, frente a la muerte, defendiendo los mismos principios.
- Que nos miren con desdén, con desprecio, ¡eso no importa!, quizás sea mayor por eso, la gloria y la grandeza moral a que se nos eleve.
- Hay que definirse para que nos conozcamos, para que nos contemos, para ser útiles.
- Es mejor prever que rectificar.
- Cuando los hombres son iguales en sentimientos y aspiraciones desaparecen todas las demás circunstancias que pudieran distanciarles.
- Mezclarse revolucionarios con enemigos de la revolución es no sólo una inconsecuencia, sino un engaño recíproco, en el que cada cual aparenta lo que no es. El uno finge amar lo que en el fondo detesta, el otro finge olvidar lo que apenas se conforma a perdonar.
- Es demasiado pedirle a los hombres que hagan bien dos cosas distintas: pelear primero y escribir después.
- En mi vida no he odiado más que una cosa: la guerra.
- Los pueblos para ser felices y dichosos no deben tener el gobierno de la espada, sino el gobierno de la Ley.
- No tengáis ministros con mujeres vestidas de seda, mientras la del campesino y sus hijos no sepan leer y escribir.
- Aprended a hacer uso en la paz de vuestros derechos que habéis conseguido con la guerra; que no se deben conforma los hombres con menos, porque esto conduce al servilismo, ni pretender más, porque os llevaría a la anarquía.
- El triunfo definitivo debe rodear al pueblo de majestad y grandeza.
- Se debe conceder el perdón a todo el que lo solicite para que la obra quede completa.

Juan ANTONIO CORRETJER

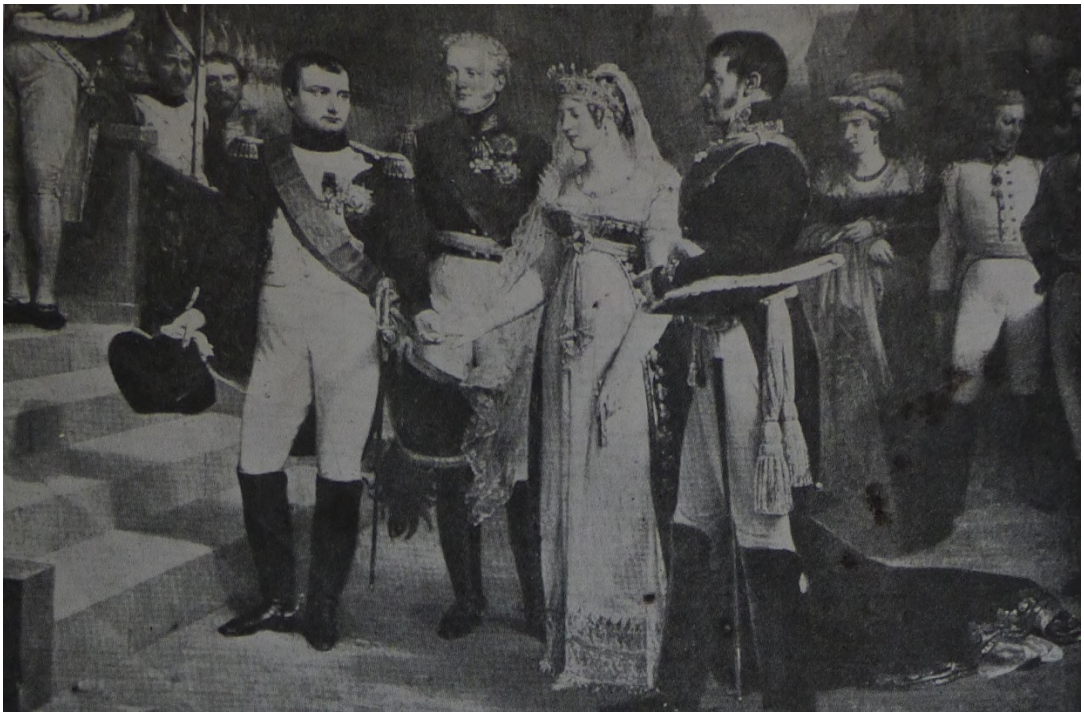
Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado

Notas Políticas

Bonaparte: Sueño y Fracaso

Por

Juan Antonio Corretjer



<u>8vo artículo</u> - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 20 de febrero de 1937

<u>Tema</u>: – el autor analiza las razones para el fracaso de Napoleón Bonaparte

Cuando John Quincy Adams dijo, refiriéndose a la ambiciosa aurora del expansionismo territorial norteamericano, que deseaba que, en el futuro, se les tomase por romanos y no por judíos, erró en la visión del juicio de la posteridad, pero reveló la metamorfosis radical que habría de sufrir el sistema de la dominación arbitraria de los pueblos. Ella se iba a despedir de su grandeza heroica para descender a la vulgaridad más despreciable.

Con la decadencia napoleónica en Europa coincidía la pujanza imperialista norteamericana. Napoleón mismo, en la ejecución subitánea de uno de aquellos tremendos planes suyos, convirtió la naciente república en un imperio. Pero al cederles, por venta la Luisana, ¿qué idea grandiosa cruzaba por el genial cerebro de aquel hombre? En su grandeza cabía todo. Cupo Córcega, la isla cuna. Cupo la tempestuosa Francia de la Revolución, cupo Europa. Bien podía caber el mundo. Que pensó en la fundación de un gran imperio colonial francés en América es histórico. ¿Por qué, entonces, mientras desata a Leclerc sobre Haití transa con Washington en la Luisiana? Una circunstancia de guerra –la guerra siempre, la guerra eternamente en su vida como una gloria, pero también como un acoso- le impone una urgencia de oro. Si era oro convertible en soldados, en comestibles, en uniformes, en cañones, en fusiles, en bayonetas- "quisiera mejor ver el cielo sin sol que a un soldado sin bayoneta" - oro marcial para derrotar definitivamente a su mortal enemigo, Inglaterra, ¿no pensó el corso formidable, acaso, que no era desperdiciable la ocasión de tomarle el oro a los yanquis, cediéndoles una faja de tierra americana, con ese oro derrotar a Inglaterra, y luego de derrotada Inglaterra, saltar simultáneamente al Canadá y a la costa del Golfo, y dominar de un golpe de encuentro toda la América del Norte?

La circunstancia de la guerra -siempre la guerra- hubieron de imponerle rumbos distintos. La batalla continuó sin cuartel en los campos europeos. Las águilas imperiales siguieron sus caminos de victoria por los cuatro puntos cardinales de Europa. Cada batalla sigue siendo un triunfo. Aun Waterloo mismo es un triunfo. Allí no se extinguió el genio militar napoleónico. Waterloo fue la consecuencia lógica de un estadista genial a quien la guerra no permitió consumar su obra.

La ambición de estadista que dominó a Bonaparte ha sido juzgada casi siempre a la luz de los cañonazos. Entre batalla y batalla, en los

paréntesis de la paz preñada de tempestades que él mismo hubo de imponer a sus acérrimos enemigos, alineó sus pensamientos de estadistas. Pero en aquellos mismos paréntesis sus enemigos trabajaban para desbaratarlos. No fueron –no podían ser- pequeños, los enemigos de Napoleón Bonaparte. Un grande hombre tiene eso: engrandece hasta sus propios enemigos. Y el gran sueño de estadista genial concebido por Bonaparte naufragó en un inmenso mar de fuego, de metralla y de sangre.

¿Cuáles hubiesen sido los resultados de la consumación de aquel gigantesco plan napoleónico? Durante largos años deshizo y rehízo, al filo de su espada, los mapas de Europa. Un filósofo ortodoxo europeo le llamó "castigo de los reyes", para estimular la pureza de vida y de dominio de las viejas monarquías occidentales, y otro filósofo heterodoxo le llamó "azote de los revolucionarios", para intensificar el espíritu de sacrificio y la higiene de actos de la revolución enciclopedista, democrática y liberal. Arengó a sus tropas frente a las llanuras feraces de Italia, tendidas a sus pies como una tentación; levantó el rayo de su espada frente a los pétreos siglos de las Esfinges; abrevó su caballo en las aguas del Nilo y se chamuscó el uniforme en el fuego de Moscú. Ideado, ejecutado, dirigido y afianzado por tal hombre, ¿qué fuerza hubiera ejercido sobre el destino del mundo la ejecución serena de su gigantesco plan del estado francés?

Como una anunciación, su gloriosa carrera de caudillo militar comienza en el Ejército de Italia. La guerra no sólo le da el laurel de la victoria. Ni el regocijo de su regreso triunfal a París, ni el consagrado amor de Josefina. Le da más. Le da la ocasión fecunda de observar, con su terrible penetración, al pueblo de su sangre originaria. La primera campaña al septentrión le da a conocer la declinable ondulación con que Francia, por Alsacia y la Lorena, se disuelve en las tierras de la Alemania futura. Desde entonces su política, tanto para Italia como para sus vecinos del norte, es de continua atracción. Consta que tanto los pueblos del sur como los del norte le amaron con idolatría. Una polaca fue su amante más querida, la que le dio su primer hijo. Soñó con hacer una gran nación francesa desde la punta mediterránea de la península itálica, con la Europa Central y los Estados Alemanes hasta Polonia. Para ellos tuvo la visión estadista, la fortuna de las armas, la fuente

necesaria de riquezas y el poder absoluto del estado que le era indispensable. ¿Qué le faltó, entonces?

Le faltó, primero, prudencia. La suerte continua de las armas, la fe inconmovible en sí mismo, la confianza ilimitada en sus tenientes y en el brío, valor y eficacia de sus tropas, su odio a Inglaterra, lo llevaron a un error fatal: la invasión de España. Esa escisión fue su perdición. La primer carga perdida en España fue el comienzo del fin. Waterloo comenzó el dos de mayo, en los pueblos de España.

La campaña de España fue un desastre. Los cuadros invencibles de la infantería francesa tropezaron con un obstáculo desconocido: la voluntad de un pueblo a ser libre o morir. Las arrogantes tropas de Jena y de Austerlitz estaban hechas a batirse contra un ejército, y derrotarlo en el campo de batalla. Por primera vez se enfrentaban a un monstruo, a un fantasma glorioso de mil cabezas, de millones de brazos, que vomitaba fuego, metralla, puñal y aceite caliente con toda la energía incalculable de su fuerza moral. Las tropas cedían. Los Mariscales invictos del Rey de la Guerra fracasaban ante aquel inasequible enemigo. Es necesario que Bonaparte en persona venga a España para derrotarlo. Y la derrota es momentánea. Otra vez, las tropas retroceden y los Mariscales fracasan. Tiene que regresar el Emperador para restablecer la moral, disciplinar el ejército, y derrotar de nuevo a los hispanos. Regresa a Francia, y a poco, el fracaso vuelve a correr entre los invasores. Con la sinceridad de los grandes hombres Bonaparte declara: “Me he metido en un nido de avispas”.

El resultado de la campaña fue fatal. Le cuesta millones en oro, cuatrocientos mil hombres, y, sobre todo, su prestigio había sido herido, había comprometido lo que un líder no puede jamás comprometer: la fe de sus tenientes en ellos mismos. Los Mariscales estaban anonadados y envalentonado el enemigo. ¿Por qué, se dijeron en Londres, en Viena y en Moscú, por qué no podemos hacer nosotros lo que los españoles hicieron? Y cayeron sobre él con nuevo brío, mientras él se encontraba con los recursos casi agotados. ¡Qué campaña la que sus cuatrocientos mil soldados dejados en España le hubieran hecho, en campo abierto, contra los cuadros rojos de Wellington, o la pesada infantería de Blucher!

Y le faltó el mar. También fue grande su sinceridad en ésta. Como todo hombre de real grandeza comprendió que allí había algo que no era precisamente inteligible. La técnica naval es un secreto: dijo. Y se puso a buscar su hombre. Nada les faltó a sus almirantes. Esquela, dinero, poder, todo lo puso el Emperador en sus manos. Nada. No encontró su Nelson. Tendría que ir él mismo a los puentes. No pudo. Un elemento faltó a su equilibrio: el mar. Y un brazo de mar se extiende desde Calaix a las costas británicas.

Entre estas dos fatalidades se interpusieron, agravándolas, la incomprensión, la ambición, los vicios de sus hermanos. Sólo Luciano le es decisivo un momento de su vida. Los demás no son sino colaboradores estúpidos de las fuerzas que contra él se apremian.

En media de este cúmulo de fatalidades fracasa su gran ensueño de estadista genial. La guerra fantasma cruel, lo asedia por todas partes. Los últimos años de su vida adquieren la patética grandeza que Rodó requiere para "la trágica expiación de la grandeza".

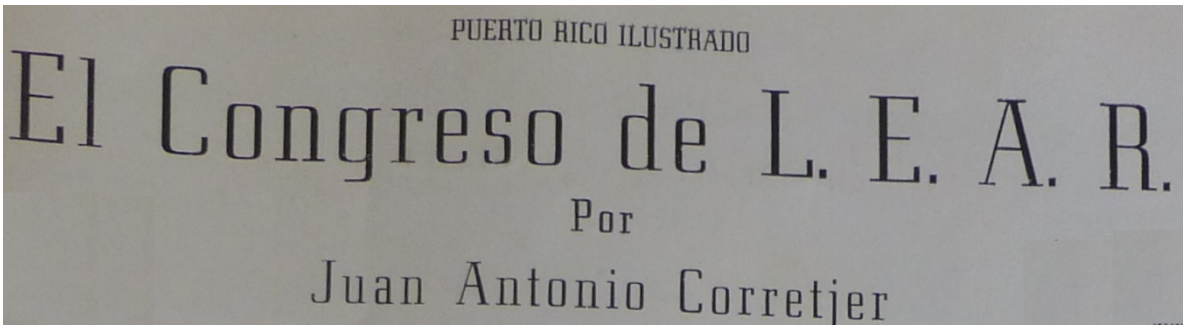
Hoy queda para nosotros el interrogante inevitable. ¿Qué había ocurrido en el mundo, qué no habría ocurrido, al plasmarse en la viviente realidad aquel sueño napoleónico del estado franco-ítalo-germano?

Pasados muchos años, un estadista francés, Briand, quizá si pensó en ello.

Sobre las cenizas de aquel fracaso no deja de volar la fantasía.

Juan ANTONIO CORRETJER

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado


PUERTO RICO ILUSTRADO

El Congreso de L. E. A. R.

Por

Juan Antonio Corretjer

LIGA DE ESCRITORES Y ARTISTAS REVOLUCIONARIOS

<u>9no artículo</u> - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 20 de marzo de 1937

<u>Tema</u>: el autor nos habla sobre su asistencia al Congreso de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios celebrada en Méjico en enero de 1937

Un magno congreso de escritores y artistas acaba de celebrarse en la capital mejicana. Méjico marcha, y su paso, pleno de lucha, de dolor y de sacrificio, va dando su tono a América. El ilustre escritor costarricense cuyo seudónimo de Juan del Camino se ha hecho ya popular en los cuadros de avanzada puertorriqueños por su cálida, por su desinteresada, por su valerosa defensa de nuestra independencia en el magnífico “Repertorio Americano”, de García Monge, ha señalado, con relieve moral, la significación trascendente del lugar de refugio ofrecido por la nación mejicana a León Trotsky. El congreso recientemente celebrado en la ciudad de los palacios ha definido al hombre de letras de América en una verticalización necesaria y honesta.

Fue bajo los auspicios de la “LEAR” que se efectuó el brillante acontecimiento. La "LEAR" es la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios. No se trataba, pues, de una reunión de representativos de la cultura congelada a donde el hombre no cabe, de cuya inactualidad estéril sólo se puede cosechar, como ha dicho Marinello, la lección valiosa de la experiencia confirmada de la actitud arbitraria y caprichosa del intelectual europeo "standard" ante el hombre en general, con su lucha, su dolor, su angustia y su esperanza, y ante el indoamericano en particular con sus peculiares, sus característicos, grávidos y vividos problemas. Hora vivimos en que el paso del hombre vuelve a ser "milicia sobre la tierra”.

He aquí los propósitos de la LEAR al convocar al Congreso:

"La intelectualidad mejicana no puede permanecer indiferente ante los acontecimientos que conmueven al mundo. Ningún hombre de sensibilidad artística, de devoción científica o de preocupaciones espirituales, puede dejar de atender la gravedad del momento. La tragedia universal de la hora que estamos viviendo se debe al exacerbado encuentro, cada vez más violento, de dos fuerzas enemigas. Una es el impulso vital de la humanidad en su afán de superación; otra es la resistencia criminal de los que se oponen al bienestar colectivo. La primera ensaya con las mejores armas –las de honestidad, las del trabajo y las del pensamiento– la realización de los proyectos encaminados a lograr una vida más alta. La segunda, usando los recursos del capitalismo, del fascismo, se empeña en la prolongación de un estado social degradad, desprovisto del menor sentido de responsabilidad ética. Muchos intelectuales han comprendido ya que los

problemas actuales no sólo afectan ciertos sectores de la sociedad, sino a todos, a la humanidad entera, en su presente y en su futura organización. Comprenden, por consiguiente, que la parasitaria fuerza enemiga ha venido lesionando –y lesiona hoy más que nunca– la cultura, que no es galardón de determinado gremio o grupo, sino patrimonio de la existencia misma. Para proteger este patrimonio, fruto de siglos, de desarrollo de la inteligencia y del esfuerzo del hombre, se requiere el acopio inmediato y constante de saberse y de compresiones. De ahí que en Méjico los intelectuales alejados de todo egoísmo, con la consciencia clara, humana, inquieta por el porvenir de la vida y de la cultura, se dispongan a trabajar por la celebración de un Congreso Nacional de Escritores y Artistas. El Comité Organizador lanza a los escritores, hombres de ciencia y artistas de nuestro país, un llamado fraternal para que intervengan en el citado Congreso, que habrá de inaugurarse en la ciudad de Méjico el 17 de enero de 1937, con estos propósitos:

1. –Fijar, clara y definitivamente, cuál debe ser la posición de los intelectuales en la hora presente, frente a los problemas vitales que conmueven el mundo y a la sociedad mejicana.
2. –Agrupar a todos los artistas, hombres de ciencia y escritores, con el objeto de discutir problemas técnicos de sus actividades respectivas. Organizar la defensa de sus intereses económicos, amparando, de esta manera, la eficacia de su función social.
3. –Fomentar la comunión de los intelectuales con las masas populares, a efecto de poder interpretar sus necesidades y aspiraciones.
4. –Difundir entre las masas populares, en forma adecuada y capaz de prolongar sus frutos, las esencias y las formas de la cultura universal y nacional.
5. –Combatir todas las manifestaciones que impliquen una regresión en el pensamiento y en la concepción social sobre las masas y de los individuos.
6. –Defender las libertades democráticas conquistadas y procurar la adopción de normas sociales más acorde con la realización plena del hombre.

Aunque patrocina este Congreso la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios, pueden tomar parte en él cuantos artistas y

escritores muestren interés por ello. La intención de la LEAR y su firme propósito, están en reunir todos los hombres de arte y de pensamiento que sientan en Méjico el interés por conservar y acrecentar el acervo cultural y por trabajar en el advenimiento de una mejor humanidad.

En lo exterior, el Secretario encargado de tales gestiones dirigió la siguiente circular a sus compañeros de todo el continente:

Compañero:

“La Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios ha convocado a un Congreso Nacional de Escritores y Artistas de acuerdo con las bases acompañadas y que habrá de tener iniciación el 17 de enero de 1937. Aunque el Congreso tiene carácter nacional nos interesa muy vitalmente la colaboración de los escritores y artistas de toda Hispanoamérica. La similitud de realidades económicas y la uniformidad del proceso social hace, que los escritores de los pueblos hispánicos de Continente confronten parecidos problemas, ya en sus relaciones con la comunidad, ya en las cuestiones técnicas de cada actividad de cultura y de pensamiento.

Por esas razones y con este propósito se dirige a Ud. la LEAR encareciéndole muy vivamente el envío de sus puntos de vista sobre las cuestiones que ha de plantear y resolver el Congreso. Toda colaboración, desde una sencilla sugestión, hasta el envío de tesis ampliamente sustanciadas, que vengan de su parte, se estimará en mucho por nosotros”.

Puerto Rico concurrió al Congreso a través del escritor que suscribe. El mensaje que me honré en dirigir al Congreso, por la vía fraterna del propio Secretario del Exterior, Dr. Juan Marinello, fue presentado y leído ante el Congreso por el eminente escritor y revolucionario cubano, quien, por su constante y eficaz laboreo por nuestra causa de redención podemos llamar orgullosamente nuestro.

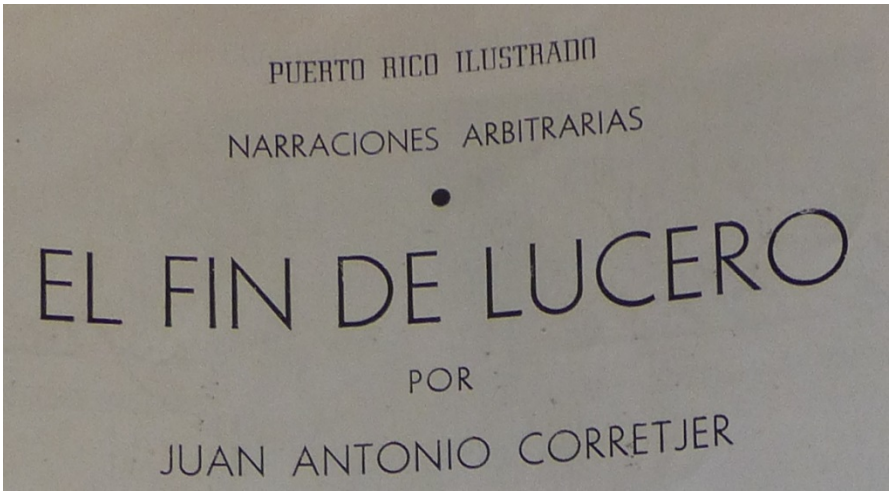
Impersonalmente, diré la actitud del Congreso ante nuestro caso. Como problema entrañablemente americano, y substancialmente revolucionario, nuestro caso entraba de lleno, con relieve de importancia primaria, en el temario inevitable y obligado del Congreso. El caso de Puerto Rico es la preocupación cotidiana de

Americe, porque su esclavitud lesiona en todo sentido el cuerpo y el alma de la comunidad de naciones americanas de origen indo-hispánico, demorando su evolución política internacional y minando el equilibrio de la vida nacional. El Congreso votó por mayoría su adhesión a la independencia nacional puertorriqueña, como una urgencia mundial. Hizo más: se comprometió a ayudar directamente nuestras gestiones emancipadoras, comenzando por diligenciar la libertad incondicional del liderato encarcelado. Como sugerencia nuestra atendida dio un voto de reconocimiento a don Joaquín García Monge, director del "Repertorio Americano", y a su eminente colaborador Juan del Camino, por su tesonera defensa de nuestros derechos.

El Congreso LEAR tuvo, pues, proyecciones puertorriqueñas que no tocarán, en vano, a las puertas de la libertad. Jamás se toca, en vano, a esas puertas.

Juan ANTONIO CORRETJER

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado


PUERTO RICO ILUSTRADO

NARRACIONES ARBITRARIAS

•

EL FIN DE LUCERO

POR

JUAN ANTONIO CORRETJER

10mo artículo - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 10 de abril de 1937

<u>Tema</u>: – cuento sobre un caballo llamado Lucero

¡LUCERO, toma, Lucero..! ¡Lucero!

Juanito, teniendo en las manos el balde lleno de maíz criollo, voceaba en el corral. Detrás de la puerta tranquera, caídas al suelo las puntas izquierdas de las dos trancas superiores; puesta la inferior, el potro apuntó, inteligente, las agudas, pequeñas orejas que enseñan su linaje. Era un potro precioso, cebruno negro, larga cola, abundosa crin rizada, ancho pecho, pescuezo fino, remos largos y nerviosos, cabeza pequeña, y aquella mancha blanca en la frente que le regaló el nominativo. Al observar la figura de su amo, Lucero partió en un trote menudo hacia la promesa rubia del grano. En el corral, Juanito, esperándolo, repartía puñadas entre las aves, gallinas, gallos, guineas, patos, --arcoíris de plumas domésticas –y palomas, blancas, turcas, tornasol, que se le posaban en los antebrazos, en los hombros, en la cabeza. Lucero se levantó sobre la tranquera y cayó, con su trote asustador, en el corral. Un ruido de aves en azoro, y de alas en levante, voló sobre el campo. Lucero metió el hocico ávido en el balde, tomó un bocado, y alzó, sacudiéndola, la cabeza. El roclo fresco de la mañana, rizado en diminutos perlados globitos sobre la melena, se rompió en el aire atravesado por el sol rosa del amanecer.

Dos años hace que Lucero llegó a la finca. U n lunes, común como todos los lunes, tres jinetes y tres caballos llevados por delante se detuvieron a la puerta. Uno de ellos, notoriamente el principal de la partida –las botas pequeñas, a media pi, el pantalón de montar, el sombrero de paño, el gabán negro de los tiempos de María Castaña, el pañuelo anudado a la garganta, le descubrían la jerarquía –preguntó por el amo. Don Paco salía detrás de su inseparable barriga, muy ufano de su hacendosa y mofletuda persona. El viajero se apresuró a descubrir su identidad de negociante en bestias, su información recién obtenida en las lomas vecinas con respecto a la intención compradora del estanciero, su deseo de servirle con gusto y con notable ventaja para el comprador.

Venia de los llanos de Coamo, donde se dan los mejores caballos del país, el paraíso de los potreros, la gloria de los montadores. Había comprado una partida de potros, mulas y reses. Se había ido quedando por el camino fácilmente; porque bestia de buena estampa llama solita

al comprador. Le quedaba eso que se ve trotar bajo él y a su lado. Todo bueno y barato u a la disposición de su señoría.

Don Paco escuchaba sonreído, fluctuante entre la vanidad halagada y la malicia irreprimible. ¿Hay mucha distinción entre un negociante de bestias que deambula, al garete, por esos caminos de Dios, y el cuatrero que las saca al camino y las echa, ya en su nombre, por delante?

No se dormía en las pajas Domitilo González, con sus diez años de atravesar la cordillera renovando los establos. Y obviando palabras vanas, se apresuró a atajar toda sospecha.

--Puede usted preguntar a Don Pepe, el de la "Yeguadilla", y a Don Antonio, el del "Sumidero" y a Don Luis su pariente, que fue quien me dirigió acá, por la calidad de mi mercancía. Yo soy de los que vendo pa' volver a vender. *Dejuro* que sí.

--Unjú… –Y Don Paco se desinfló de prejuicios con el sonido de rebuzno a medio civilizar.

El trato quedó hecho. El potro que Don Paco necesitaba, pequeño, manso, para llevar a la escuela distante a su hijo Juanito, con plena confianza de su celosa esposa, estaba allí.

Y con un cambio somero de jáquimas, Lucero abandonó los caminos de la brega lejana por el bajito pesebre de Don Francisco Menéndez, alias El Gallego.

★ ★ ★

Lo que no sabía Don Paco, la mañana del lunes vulgar en que adquirió a Lucero, era que sólo la orfandad prematura achicaba el cuerpo del potro, y sólo el ajetreo de cuatro días de marchas forzadas le había aquietado el genio juguetón y avisposo. Bastaron dos días de cuidados fraternos bajo las manos entusiastas de Juanito para que Lucero iniciara para Don Paco un estreno continuo de sobresaltos, de inquietudes, y hasta de disgustos. Por la sola culpa del potrito manso de Domitilo. Juanita había sido volteado en el aire como un muñeco, un domingo –un luminoso domingo de cuaresma– en los momentos en que, jinete sobre él, el chiquillo partía para el charco de Ahorcaperros, baño habitual de la cuadra. Volando en su jaca hubo de enviar por el médico, no

ciertamente para el muchacho, que gran cosa no se hizo, sino para volver del síncope a su nerviosa madre, que cayó allí mismo, en la meseta, estirada como cuerda de "cuatro". No hubo cerca que el potro respetase, ni tala de medianero que no tuviese que aguantar un galope travieso, ni vecino que no llegase a dar la queja de que Lucero le había hecho de las suyas en sus estancias. Por fin llovieron las amenazas de cárcel. Pero... ¡vaya usted a coger a Lucero! Se le acercan los enfurecidos vecinos con la soga en las manos. Lucero los deja llegar con la cabeza alzada, las orejas inquietas, los ojos rientes. Más, cuando ya le van a poner encima la mano, Lucero se alza sobre sus patas traseras, menea en el aire con la pedantería de un boxeador novel, gira en torno y se dispara, como un proyectil, por las fincas. El estanciero se arranca los pelos. Pero no se resigna a salir del potro. Primero: aquel animalillo le va a proporcionar un buen negocio, algún día, y, segundo: no quiere vérselas con los pucheros de Juanito, niño malcriado hasta más no decir, por quien siente una inclinación consentidora de padre de hijo único. Además, tan pronto como Juanito lo quisiese, se ganaría la complicidad de su madre. Y éste es el mayor escollo contra la voluntad varonil de Don Paco Menéndez.

★ ★ ★

Han pasado dos años, Juanito es ya un mocetón, en cuya ambigua garganta tañe la voz diapasones inacostumbrados. Lucero, el potro cebruno, de la mancha en la frente, goza los primores de una lozana juventud. Un cordón negro se la ha pronunciado más sobre el lomo, desde la aguja hasta la cola. Más abundosa y rizada esta la crin, y, como una cascada de betún, le cae la cola sobre las patas. Los cascos, herrados, golpean duro sobre el empedrado dl pesebre, las orejas se le mueven continuamente, y su olfato, aguzado por las urgencias del sexo en este mediodía vibrante de junio, le estalla la inquietud en un orquesta de relinchos.

También su amo, un verdadero amo, –Juanito– ha despertado a los timbrazos de ese alertador de los hombres: el amor. Y en las tardes de los domingos, en las cabalgatas en las cuales el amor es endiablado jinete sobre crinadas ráfagas, Lucero no es solo el orgullo del enamorado jinete erecto sobre los estribos; Lucero ha rebasado el sentimiento de la propiedad personal y privada, para hacerse don

regional: él es el orgullo del sub-barrio, de aquella tierra ondulada y verdeante, arrullada eternamente por la canción del río que salta por el despeñadero con una agilidad de acróbata vestido de nieve.

Arre, Lucero.

Y, en la partida loca en que la mocedad, queriendo agostar sus bríos sin función, tortura sus corceles, no hay quien siga a Lucero: primero, en la finura del paso menudo frente a las casas familiares desde donde, atreves de las cretonas discretas, unos ojos amados atisban; luego, en el galope desbridado por la sabana verde. Y al fin, cuando para escuchar su crédito indubitable de buen corcel de "bajura" el desafío se levanta hacia la cuesta imposible, Lucero, tendido el pescuezo, resoplando como una locomotora, da buena fe de sus ijares ceñidos: salta como un gato, arremete de pecho sobre las empinadas violentas, y en los bruscos meandros en que la inflexibilidad de la subida irremediablemente se quiebra, Lucero, como un pájaro, brinca sobre el verde triángulo herboso en que el recodo s e achica, deja atrás la competencia , y llega –él primero– al batey cordial de la hacienda de don Emilio. Juanito se abraza al pescuezo de la noble bestia como una gratitud. Entonces Lucero, el corazón precipitado, resopla y sacude briosamente la cabeza. Y el ruido del cabezal, de la bridas, de la barbada suenan, como su corazón, a himno de triunfo.

★ ★ ★

Pueblo. Fiesta. Día de inquisiciones al destino, sobre el brocal absorto del aljibe, y un sol de oro, velado por una nube parda, buscando la lámina fría de un espejo. Día de corceles briosos, endomingados, y de jinetes atrevidos, y de señoritingas deliciosamente adorables en su despojo de cursilerías ciudadanas recién aprendidas, día en que son verdaderas y sinceras y amorosamente aldeanas. Día de flor en el ojal y de correr la sortija. Día de San Juan Bautista.

El pueblo hierve en la espera de las carreras. Desde las primeras horas de la mañana hay música de cascos y riza de espuelas sobre las calles soleadas. Poco después de mediodía comienzan las carreras. Hay una docena de caballos hermosos, estrerosos. Es una competencia de hermecidos por el brío, lustrados, sudomosura ecuestre. Pero a la hora de correr la sortija, cuando la belleza del animal queda huérfana de la

habilidad del jinete, y su manifestación se entrega a la elasticidad de los músculos, a la impetuosidad del arranque, al juego de los cascos y corazón del caballo, Lucero se queda con la palma de la victoria. En un arranque casi ha querido pasar por encima de caballos y jinetes.

Después de la carrera Juanita pasea por el pueblo en su Lucero triunfador. La embriaguez del triunfo lo inunda y está violentando su montura. El animal quiere salirse bajo la silla. Ha saltado dos veces a las aceras. Otra vez ha penetrado, de un salto, dentro de un cafetín. Comprende que no va a conservar su dominio y lo conduce al patio de un almacén. Es un patio amplio, de gran casa refaccionaria. Como es domingo, el encargado, al llegar el amigo, ha tenido que abrir el gran portón, de hierro, que le da acceso. El jinete desmonta y amarra su caballo a un estante. El empleado le afloja las cinchas y ambos salen a la calle, dejando cerrado a llave el portalón de hierro, fuerte de cuatro metros de altura.

Lucero queda allí, prisionero. Sacudido por la violencia del día y el celo del mes, Lucero comienza inquietamente a moverse. Tira del freno, una, dos, tres, veces. Encolerizado, se encabrita, y cede el freno, partido por el cabezal. Lucero relincha, parte al trote, da la vuelta al patio buscando una salida. Por tres lados tropieza con las paredes, de cal y canto del edificio. Por el otro, con el rejado portalón de hierro. Vuelve Lucero a relinchar, caracoleando solo, en el patio aprisionador. Sale disparado, y se detiene, inquieto, en una esquina sobre la pared. ¿Qué visión de hembra en pradera detiene más allá de una tensa alambrada 'de colindancia estanciera, le pasó por los ojos enturbiados por el celo y la cólera?

- Lucero, Shitó, shitó, Lucero, Lucero... ¡Lucero!

Juanito, abriendo la puerta interna del almacén, llegó sólo a tiempo para ver algo que le partía el corazón. Lucero, desbocado, se disparó como un ciclón contra el rejado portalón de hierro. El choque fue atroz. Lucero, lanzado atrás en un bote terrible, cayó sobre el empedrado del patio, con la frente abierta.

De la frente, manchada de blanco, que le diera nombre, brotaba un arroyo de sangre, tal un lucero que se torna cometa.

Juan ANTONIO CORRETJER

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado

34

NOTAS POLITICAS

PUERTO RICO ILUSTRADO

TORRIENTE

Por JUAN ANTONIO CORRETJER

Pablo de la Torriente

11mo artículo - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 17 de abril de 1937

<u>Tema</u>: – sobre el escritor cubano, nacido en Puerto Rico; Pablo de la Torriente

En la España barrida por la metralla, pegado a la tierra, el rifle revolucionario al rostro, ha caído, yerto el cuerpo atlético, callado el corazón generoso, Pablo de la Torriente Brau. Nacido en Puerto Rico, criado y educado en Cuba, caído en España. Defensor de la independencia borincana, batallante de la revolución política y social para la creación de una Cuba nueva v mejor, soldado de la causa proletaria española y mundial, su vida, su joven vida millonaria de exultantes valentía, se contorna en símbolo jocundo de la generación, privilegiada y sacrificada, de la América nueva y del mundo actual.

Al saber de su muerte prematura y gloriosa, de su tránsito inesperado y brusco, que lo imaginé firme en la avanzada, claros los ojos avizores en el lugar más cercano al peligro, desafiando con su amaneciente optimismo la furia de la metralla fascista. Me lo imaginé herido, arrancando con su mano propia el último aliento al corazón viril, señalando con cl gesto imperioso del que puede mandar, la ceja enemiga para el asalto inmediato.

Nos vimos la última vez en la Habana días anteriores a la huelga general de marzo. Día memorable del Club de Arquitectos, en cuya tarde de pluvioso invierno se daba cita en el cordial recinto la flor de la intelectualidad cubana en la iniciación de la Exhibición de Pintura y Escultura. Esa tarde conocí también a su mujer Teté Casuso. Había yo faltado a mi empeñada palabra de visitar el hogar de la noble familia de Pablo, compromiso que había hecho con el luchador en la redacción del diario “Ahora”, la tarde en que nos conocimos. Estábamos Ángel Arce, Ricardo Zamanillos, Martínez Márquez, Torriente y yo. En la primera plana del número del siguiente día, apareció nuestro retrato, con una entrevista relampagueante que me hiciera Torriente. En ella tratamos de Puerto Rico. A Torriente le entusiasmo mi posición ante el problema patrio desvestido de liricos arrebatos y de derrotistas saudades, enfocado en el entronque doloroso de su raíz económica, de su amargura social y de su esclavitud política. “Sobre las ruinas de una colonia imperialista”, le dije, “no vamos a construir una república burguesa”, Y él terminó, con su jovial franqueza, sana y limpia: “No valdría la pena. Para ella cuentan ustedes con nuestro ejemplo”. Yo he pensado fuertemente en Torriente, y sus palabras de aquel día, desde hace algunos meses, desde el día mismo en que se nos está amenazando con lo que yo he llamado la “república de trapo”. Y al

encontrarnos en la Exhibición de Pintura me recordó el compromiso de visitar su familia. “Vaya, me dijo. Lo van a tratar bien”.

No pude. Acontecimientos muy diversos nos separaron. Sucedieron muchas cosas en la Habana. Torriente fue al exilio o, al Castillo. Después, yo conozco de su muerte detrás de las rejas del presidio. Ambos fieles a nuestro destino, a nuestra hora, a nuestro ineludible puesto de hombres en la encrucijada de nuestro tiempo.

Duele ahora, cuando la causa de la libertad está imperiosa de sus mejores talentos y de sus más fecundos bríos, saberle acabado. Pero al evocar su vida, su pasión y su muerte, vémosle una vez más regresar entero, juvenil y victorioso, como después de una ráfaga tribunicia o de una acometida revolucionaria.

Porque no en balde se vive como vivió Torriente. No en vano se alimenta el espíritu de ejemplos proceros y verticales actitudes. No en vano se concibe una idea, y se retiene y se expresa, y se vive de acuerdo con la idea y se cae, “cara al sol”, consagrado a una idea. El tiempo se desvanece ante la consagración, el heroísmo y la ofrenda. No conocen la sabiduría ni el heroísmo, ni la virtud, de tiempo, ni de geografía, y así fue Torriente, levantado sobre la injusticia y la explotación, sobre el despotismo de los hombres y la caduquez de las instituciones, pleno el pecho de su verdad, rebosante el pecho de lealtad a su verdad, digna la mano cruel como una admonición sobre el mundo injusto y cruel.

No fue de rosas su camino. Nacido de una familia de gran arraigo en la sociedad cubana –su tío, don Cosme de la Torriente, ha sido Presidente de la Liga de Naciones y Secretario de Estado de la República– dotado de natural talento, buena estampa y ánimo tesorero de simpatías, no le estaba vedado, sino más bien ofrecido, el pie regalado de las posiciones burocráticas: la carrera veloz por las canonjías, por los honores burgueses y las posiciones “de mérito”. Pero, no en balde, como ha dicho Raúl Roa, se ha aprendido a leer en La Edad de Oro de José Martí. Aquel espíritu quedo transido de inquietud en su entraña. Y, desde el día en que sus ojos contemplaron la primera injusticia de los hombres le mordió el corazón esa angustia irremediable que conduce a la prédica y al ejemplo, a la palabra y a la acción en que el hombre, al dar la vuelta a su propio ser, se funde, se completa. El mesianismo lo llevará,

fatalmente, a regar con su sangre ofrendosa, la árida estepa de la crueldad y la injusticia del mundo, sobre la cual va prometiendo el brote de una nueva primavera.

Y es temprano en su día que Torriente, emancipado de dudas, se lanza al combate con aquella su prosa ruda, casi brutal, llena de talento, voluntarios de estilo, como que el brío de una voluntad de acción adentro se le encabritaba. Pero no era aquello más que su mitad, y él era para darse enteramente. Y un día cae en las calles de la Habana, mortalmente herido por las balas de la tiranía machadista, junto a Trejo, e! mártir. Ese día –resurrección del espirito de Yara y de Baire– el destino de Gerardo Machado se decide a manos del heroísmo cubano.

Habitual de las prisiones políticas, prófugo del despotismo, errante de la persecución. Torriente va labrando su figura de líder revolucionario en el fuego mismo de la lucha. Pero como las revoluciones no se hacen tan sólo a base de corazón, y como tampoco es higiénico que una sola sea su cabeza y en ese precario desviva en la angustia de que una bala certera la borre. Torriente nutrió su mentalidad de fértil naturaleza con el estudio personal y ferviente, realzándose a sus años sueños a una altura a la que no se llega comúnmente tan temprano.

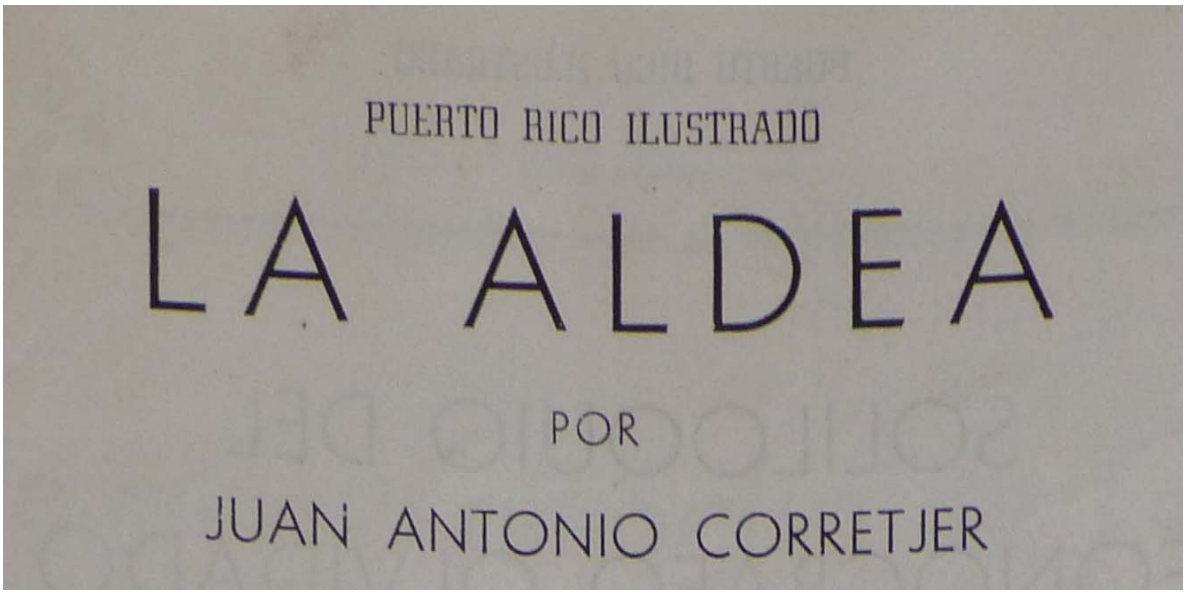
En el exilio le encuentra la guerra española. Y al medir en su fe la real trascendencia de la terrible lucha, nada le detiene. A España lleva su pluma de periodista originalísimo, y desde las trincheras sus relatos arrebatan. Es el proselitista de siempre, el hombre agarrado a una idea, que se da a sí mismo a través de todos los disfraces. Cuando se es real y profundamente, es inútil disimular. El pensamiento honrado y viril se talla su propia forma, y la forma no traiciona jamás al pensamiento viril y honrado.

Más, al llegarse el momento de crisis, cuando al hombre, colocado en la encrucijada, no le queda más que su valor, –que es el único valor– Torriente comprueba que no son plumas lo que necesita su causa, sino manos que opongan el rifle al rifle, la metralla a la metralla, la bayoneta a la bayoneta. Y empuñado al rifle, pegado a la tierra madre, henchido su corazón por el gozo con que es posible morir cuando se ama, y por amor, se muere, cayó para no levantarse el boricua-cubano.

Para no levantarse no, que levantamiento es aquella caída. Levantamiento ante el mundo despreocupado y frío, levantamiento ante la juventud traidora de sí misma, la juventud traidora por frívola o por adherida al egoísmo y mentecatería que a su propia natural condición ha de serle repelente. A la hora de su función suprema. Torriente es un llamado, un llamado vehemente y estremecedor no solo a la juventud cubana, entre la cual creció y sufrió. Lo es también para la juventud de su isla nativa, de su Puerto Rico de nacimiento, donde una causa de libertad y redención humanas exige voluntad de sufrir, de lucha, consagración definitiva.

Juan ANTONIO CORRETJER

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado


PUERTO RICO ILUSTRADO

LA ALDEA

POR

JUAN ANTONIO CORRETJER

12mo artículo - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 19 de junio de 1937

<u>Tema</u>: – cuento sobre un escritor que regresa a su pueblito natal a escribir

El corazón se le henchía en el gozo del regreso. Aquel remanso idílico meció su cuna. Aquel festón calino en que los oteros rematan, fue su primera invitación a la altura. Aquel cielo purísimo, encima de los campos poseídos por el rumor balbuciente de las quebradas, su primera tentación al vuelo. Lo soñó todo entonces. Ícaro vencedor o Prometeo triunfante, Sísifo no más espejo de esfuerzos baldíos, fecundaron su espíritu de los años primeros, cuando no vieron sus ojos más que aquellos paisajes del cerro nativo ni conoció su pie otro río que el de su patria. Lo miraba resurgir ahora todo como en un sueño; como un sueño acariciado por las manos sedosas de la ausencia. Y era, sin embargo, la realidad. Allí estaba su pueblo. La tarde anterior había llegado. Doce horas hacía que sus ojos, saliendo del cansancio metropolítico y de la fatiga del mar, seguían el curso sinuoso de las colinas, mórbido como senos y caderas de mujer, o arriscado y defensivo como un escalonamiento de trincheras. Un sol de oro lucía el cielo del verano. Y la campiña, bajo el sol, asaltaba los confines de la aldea, como el mar una isla. Se inclinaba gentilmente el pastizal, movido por la brisa, sobre los patios últimos, tal una larga ola mansa sobre la playa serena.

Raúl meditaba sonriente, de codos en el balconcito de su casa. La casa se prendía al balcón una trinitaria florecida, como una rosa la niña al pecho. Y Raúl se satisfacía de aquel encuentro de retiro aldeano, rincón calmoso y bello donde, con la paz por aire y la sencillez por pan podría pasar dos meses de soledad fecunda. Aquella cuenca montañosa iba alumbrar su novela.

Una semana de concesiones amistosas vivió el poeta. Dio la vuelta a la noria de la plaza y charló en la botica. Galanteó con discreción y desenvoltura de hombre de mundo a las criaturas que encontró, mujeres, brindó en el casino, y luego se encerró en su casita. Escribía largas horas, y a veces paseaba a solas, en medio de la noche grande del campo.

★ ★ ★

Parece le cuestan un poco, como que no los gana bien. –¡Ah…!
--Así dicen.

En el balcón casero derriba el tedio Margarita. Cuando Rosa –diecisiete floridos años– irrumpe en su siesta. Maravilla. Sorpresa. Una piedra,

como quería el poeta Palés, ha caído en el agua mansa de la aldea. Rosa tiene los ojos grandes y la boca torcida.

--Margarita, ¿no sabes?

Nada sabe, Margarita. Y Rosa, por el torcido embudo de su boca abre el grifo y suelta el chorro.

--Pues que ha llegado la querida de Raúl,

--¡Anjá…! Ya sabía yo que toda esa beatería de escritor no estaría mucho en el oratorio. Pero vamos, cuenta.

--Pues llegó en un automóvil sola. No creas que tiene nada de bonita, ni de santa. Se le ve la pluma. Ella misma va al volante. Le preguntó al policía de la esquina – ¿sabes?, a José el novio de Frasca –adonde el escritor Ortega. A José le cargó eso del escritor Ortega, y le contestó que no hay aquí ningún escritor Ortega. Insistió ella y dio el nombre de Raúl. Entonces José señaló la salida del pueblo. Allá se estuvo tres horas con Raúl. Después Raúl salió muy campechano a despedirla, y como acertara a pasar por allí en esos momentos don Pancho, se atrevió a presentársela. Dijo que se llamaba no sé cómo, y que es una compañera de letras, que vino enviada por la revista *qué sé yo cuál* para hacerle una entrevista sobre el próximo libro. ¡Qué te parece!...

--Si, se cree que nos engaña, haciéndose pasar por Julio Verne.

--Y hay más todavía. Poco después de marcharse esa pájara Raúl fue donde Don Manuel con un cheque para que se lo cambiara. Dice el tunante que es el importe de su colaboración.

--¡Qué sucio, qué vividor!

--Pero chica, de algo le ha de servir su linda cara…

--Bah…

★ ★ ★

Embebido en su trabajo, Raúl se despereza satisfecho. Mira a través de la abierta ventana el paisaje: el pueblecito madrugador envuelto en la égloga de la mañana, bello como una miniatura; más allá de los campos de esmeralda, y en el confín del horizonte de oro. Un grande amor le

inunda. Piensa que el pueblo que le dio cuna va a enjugar la deuda traspasándole a la posteridad en las páginas de su libro, con su paisaje conmovedor y sus gentes simples, bondadosas y desinteresadas. Abre un sobre grande que le trae el correo. Es el libro de Mario Carvajal, su amigo, ha escrito sobre Isaac, el creador de "María". Lo abre y lee: "Ni en España, ni en la América española, la aldea ha sido otra cosa que un pozo de suplicio, en que el dolor de la vida se multiplica en su propia pequeñez con la abrumadora abundancia que en lo físico y lo moral asumen las formas inferiores. Para la convivencia pacífica requiérese, en nuestra índole, población numerosa, a fin de que su oleaje elimine por disolución la amargura que, como ciertas alimañas, va segregado el hombre. En su belleza, uno de los libros más falsos que en nuestra lengua se han escrito, es aquel que el obispo Guevara llamó, en la edad de oro, con el título de *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Nuestra aldea es un circulo de brasas, en cuyo centro el corazón se asfixia y quema con la angustia de una tortura paulatina. Toda la provincia sobre mi corazón, decía Jules Laforgue".

Raúl tiró el libro sobre el escritorio. Y miró sonriente el pueblecito idílico, el campo de esmeralda, el horizonte de oro.

Juan ANTONIO CORRETJER

Juan Antonio Corretjer en el Puerto Rico Ilustrado

13mo artículo - publicado en el Puerto Rico Ilustrado del 10 de julio de 1937

<u>Tema</u>: – ensayo, reflexión del autor sobre la Palabra en la literatura

La materia sutil del Verba, es decir, de la Palabra, del idioma, mueve a engaño y levanta al milagro. Si escasean los maestros, abundan los farsantes. En el horizonte de las letras diseñan su figura majestuosa, con una solemnidad de eterno poder que no es entera en los domadores de otros aspectos de la creación artística, las cimas llenas del sol de la gloria que circunda el nombre de Homero, la frente de Virgilio, la testa de Dante y la cabeza genial de Don Miguel de Cervantes. Pero no es menos cierto que, envueltos en el imán del símbolo pululan, como hormigas, los engañados de sí mismo, los títeres cotidianos del quehacer literario.

Y no es que en el dominio de las otras artes no ocurra el fenómeno. Ocurre, cómo no. Pero es menos común. En la expresión del arte pictórico, escultórico, arquitectónico, musical, el artista ha de poseer un dominio de la materia bruta que no mueva a engaño. De manos del pintor, del escultor, del arquitecto y del músico, una mezcla cruda y fea de materias químicas o naturales, un pedazo deforme de piedra o un trozo de madera o de bronce, han de salir transformados en obra de arte. La transformación ha de ser absoluta, tan absoluta que penetre en el reino de lo evidente no demostrable. Con razón se ha hablado del "milagro del arte". En su acaecimiento, como decía Chesterton hablando de generalidades, lo "único difícil es que suceda".

Esfuerzo físico, maestría técnica, choque de realidades, propician una autocomprobación de igualdad entre las facultades natas y cultivadas de su arte, tanto en la pintura, en la escultura o en la música. Pero no así en la literatura.

En el arte de la Palabra se tropieza con la transparencia de la materia a trabajarse, como su propia sutilidad, con su propio poder simbólico. Asequible al hombre por la propia razón de su naturaleza, propia al hombre por ser hombre, la Palabra común propiedad del linaje humano, goza del poder de la tentación, despierta en todos la ilusión de dominarla, florece el espejismo de la gloria en la casi totalidad de los hombres.

Sin embargo, por bella, por inmaterial, por pródiga, ella es la cima del esfuerzo artístico. Ella es quien da ocasión al hombre de creación verdadera, porque siendo Símbolo, su poder es trascendente, su breve ánfora, etérica se materializa en Tiempo y Espacio, y se expande en la

atmósfera de lo Eterno. Ella es la madre permanente del hombre, antigua y nueva, siempre ancha de perspectiva, infinita de horizontes, perpetuamente recreada en el vigor creador que su propio espíritu trasmite al hombre. Por la Palabra el hombre nace, hace y permanece.

Dice el Evangelio que ella fue el Principio, por ella Cervantes esperaba luz tras las tinieblas, y Thomas Mann, ahora la ve como matriz y espejo de la Creación.

Por lo tanto, el arte de la Palabra –digamos arte de la Palabra eterna– es más exigente, más difícil, puesto que en su consagración el artista no sólo ha de hacer la obra perfecta, sino que ha de crear su obra de la nada, ha de sacar el espíritu y la materia de la obra de sí misma.

Súmese además el hecho de que la palabra es función, guía, brújula, medio. A su inmanente pureza añade destino proselitista. Llamar, ya es filiar. No puede substraerse al medio, y está henchida de los destinos del mundo. “Palabra que no sirve” –dijo Martí sorprendiendo el secreto.

Palabra, es, pues, servicio. No escapa –no puede escapar– a ese inmediato rol humano. Tiene el deber de claridad y rectitud. Está en trance de degradación, nada importa su calidad artística, si no se endereza al bien, a la justicia, a la libertad: *por no servir, no sirve*.

Los grandes escritores de nuestra América han sido siempre de palabra militante, pues militancia ha sido y es el deber indohispánico de la palabra. Hostos, Bello, Martí, Sarmiento, Alberdi, Monteagudo, fueron todos escritores políticos: hombres de palabra preñada de la brega de la independencia.

Palabra que en nuestra América no esté llena de lucha y esperanza, es palabra vacía, sin casta. Quien la diga ya no es sólo farsante, sino suicida.

Juan ANTONIO CORRETJER